Solidaridad Proletaria

ÓRGANO DE LA CONFEDERACIÓN REGIONAL DEL TRABAJO DE CATALUÑA Y PORTAVOZ DE LA CONFEDERACIÓN NACIONAL

Año II -- Número 27 | Barcelona, sábado 18 de Abril de 1925 | Número suelto: 15 céntimos

Soc. Geschiedenis Amsterdam

SITUÉMONOS

Sindicalismo y Anarquismo

"No. Por anarquistas que seamos y por enamorados que estemos de nuestro ideal hasta el sacrificio de nosotros mismos, al ser partidarios de una organización obrera nunca hemos pensado en dejarla carecer de nuestro partido y nunca hemos sostenido que las organizaciones obreras deben ser anarquistas. Los trabajadores interesados en defenderse con la organización obrera de la explotación capitalista, son, no solamente los anarquistas, sino todos aquellos que trabajan y sufren y poco o nada viven de su trabajo. Por consiguiente en la comunidad del dolor deben darse la mano y ayudarse mutuamente en la lucha con el capitalismo, sea cual fuere la idea política que cada uno de ellos haya abrazado."

Luis Fabbri

Sin rodeos, con claridad y franqueza vamos a emitir un juicio. Aquí nadie ha de engañar a nadie, ni nada ha de llevarnos al desvarío. Los de "enfrente", por ejemplo, pueden acudir a subterfugios y ponerse caretas para ventanas o últimas horas con la cantinela de que aspiran y pretenden dirigir el movimiento sindical de acuerdo con sus fines partidistas, porque ellos se consideran los más aptos, los únicos y los mejores. Nosotros no hemos de llevar ninguna careta ni de acudir a ningún subterfugio: en buena lid conquistamos un lugar preeminente en el movimiento obrero sindicalista, mejor, le dimos vida y después de ser atacados por todos y acusados de originarios en "dictadores" quizá somos los únicos que sabemos respetar la autonomía del movimiento sindical frente a todos los exclusivismos partidistas sin desvirtuar la finalidad emancipadora que al mismo supimos imprimir.

* * *

A la C. N. del T., mejor dicho, a los que defienden el criterio que la organización obrera adherida a la C. N. del T. acepte en sus comicios responsables regionales y nacionales y que está especificado en sus estatutos, se les acusa por los unos de ser demasiado fieles a los principios que la organización confederal aceptó y por los otros de haberlos desvirtuado.

Los unos quisieran que la organización estuviera subordinada a un partido y juegan al escamoteo. Los otros pretenden que sea sectaria.

Y no. La organización obrera afecta a la C. N. del T. no es una organización política: No es de un partido, ni de una escuela ni de una secta determinada: es una organización de clase con una finalidad revolucionaria y emancipadora. No es socialista ni comunista en la acepción partidista de estas palabras. No es tampoco anarquista, aunque al anarquismo deba su origen y en el anarquismo haya de basar su identidad.

* * *

"La C. N. del T. conserva su credo apolítico; su táctica de acción directa; lucha por la abolición del salariado y se declara enemiga irreconciliable del capitalismo y del Estado. La C. N. del T. ha declarado además en uno de sus Congresos que su finalidad era el "comunismo libertario".

¿Puede decirse honradamente que la C. N. del T. sea reformista? No. ¿Puede decirse honradamente que sea anarquista? Tampoco. Acepta algunos postulados del anarquismo, eso sí, y es en algo se distingue de las demás organizaciones obreras, es precisamente por esos postulados. Pero pretender que la C. N. del T. acepta de plano todos los postulados del anarquismo equivaldría a tanto como a destruirla como organización obrera revolucionaria.

* * *

¿Quiénes son los verdaderos amigos y defensores de la C. N. del T.? Los anarquistas. No tiene otros. Las demás minorías políticas persiguen un solo fin: la hegemonía de partido aunque sea a trueque de la vida de la C. N. del T. Véase, pues, que sabemos donde están los enemigos.

Que los anarquistas sean los verdaderos amigos defensores de la organización obrera confederal no presupone, lo repetimos, que la Confederación sea anarquista. No es tampoco un organismo neutro.

Ha de tenerse presente que la C. N. del T. en uno de sus Congresos adoptó como finalidad el comunismo libertario. Esta finalidad la conservará en tanto no venga otro Congreso de las organizaciones sindicales afectas a la C. N. del T. y la modifique. Si retonces la organización auténtica y responsable adherida a la C. N. del T. Conviene en suprimirla, se suprimirá; si conviene en conservarla, se conservará; si conviene en declararse lisa y llanamente anarquista (pase la incongruencia) se la considerará como tal. He ahí el trabajo de las minorías. La hegemonía espiritual en la C. N. del T. la ejercerá la minoría que dé pruebas de tener más aptitudes, que sepa comprender mejor los intereses de la clase trabajadora y que sepa interpretar mejor sus aspiraciones emancipadoras. En esta lucha de tendencia que se desarrollará sin romper la unidad sindical en tanto los anarquistas cuenten con la mayor simpatía de las masas obreras, la minoría más bien preparada y organizada triunfará. Que lo tengan en cuenta los compañeros anarquistas.

En tanto no venga ese nuevo Congreso —urge primero dar vida a los Sindicatos que deshizo la represión y otras cosas de todos sabidas—nosotros defenderemos la autonomía de la C. N. del T. frente a todos los partidos políticos y su finalidad emancipadora. Y las defenderemos también contra las exclusivismos de quien fuere. Y si se diera el caso de que nuestra voz contara en el Congreso de referencia, sería para decir: la finalidad de la C. N. del T. es la del Comunismo libertario, pero la C. N. del T. es un organismo de clase y agrupa a todos los obreros sin distinción de sus creencias políticas, filosóficas y religiosas y, por lo tanto, todos los obreros que deseen defender sus intereses de clase y aspiren a libertarse, mediante sus propios esfuerzos, del yugo del salario, tienen cabida en su seno. A un lado, pues, los partidos políticos y a otro la C. N. del T. Al margen también, aunque prestando su calor espiritual, las agrupaciones anarquistas.

* * *

Conocemos perfectamente la esencia del sindicalismo. No le concedemos más ni menos valor del que tiene. Sabemos que su carácter revolucionario y moledor y hasta lo que en él puede haber de constructivo lo debe a las minorías que le traen su inquietud espiritual.

Eso no impide que consideremos de gran valor y absoluta necesidad la organización económica de los trabajadores: el Sindicato. La masa trabajadora tiene necesidad de estar asociada y estará con los reformistas donde haya reformistas y con los revolucionarios donde haya revolucionarios. Ahora bien; si el partido ni el grupo pueden suplir el rol del Sindicato; el primero lo invalida sin reemplazarlo; el segundo no puede substituirlo, pero puede darle una orientación precisa.

* * *

Dese vida y calor a los Sindicatos. Organícense los grupos anarquistas. Ni los grupos anarquistas han de ser los Sindicatos ni los Sindicatos han de ser los grupos anarquistas. Anarquistas y defensores de la C. N. del T. veremos con simpatías la formación de una Federación Nacional Anarquista, pero no la confundiremos nunca con el organismo sindical confederal. Es más: esta Federación existe y en sus declaraciones públicas, a pesar de declarar a la C. N. del T. "carne de su propia carne", no ha pretendido ni pretenderá invadir el campo de las atribuciones que le son propias. Y hará bien la Federación Anarquista de mantener este criterio porque "formar una sola cosa con el sindicalismo y el anarquismo, reduciendo la doctrina anarquista a una filosofía exclusiva de la clase obrera es restringir demasiado el concepto del anarquismo. El anarquismo no es solamente un ideal... económico. Abraza en su amplia concepción, la política, la moral, la ciencia y la educación; quiere resolver en suma un problema humano y no solamente un problema obrero."

* * *

Hemos hablado con claridad. Deliberadamente hemos querido situar un posible debate de ideas o de tendencia. No sabemos si habremos conseguido nuestro propósito. Quisiéramos no tener que insistir más y que nuestra opinión pudiera ser opinión sabida.

Por nosotros que no se dé más vueltas a la noria y que no se busquen puntos de desunión y de discordia en lo que no ha de haberlos.

EL CASO URIZ

Un ejemplo edificante

Lo que le ha ocurrido a la señorita Uriz, profesora de la Escuela Normal de Lérida es algo muy edificante... Es un caso tan típico que no precisa comentarios: es un ejemplo que encaja perfectamente en aquello de "España tal cual es". Es así y no de otra manera. A los llanos que pretenden renovar el país hay que desarmarlos. ¿Que están a sueldo del Estado? Pues se declaran suspensos y asunto concluído. ¿Que no? A "la torre", a veranear una temporada. Nada. Aquí no ocurre nada. Se está en el mejor de los mundos. ¿Enseñanza? Bah, ¿qué será esa alimaña? ¿Maestros? ¡Que se pudran esos perturbadores indigentes! La ignorancia hace feliz. ¡Viva la ignorancia! ¡Vivan las cadenas! Aquí la ciencia no pinta nada, ni la libertad de enseñanza tampoco. Por encima de todo está la santa moral (oh, la santa moral) y es preciso descubrirse! Y no decimos con qué gusto lo hacemos. ¡No faltaría más, creyentes como somos! Las nuevas generaciones de aquí pedrán comparar con las cultas de Europa. Si barrabie está más allá de los Pirineos, más acá está... vaya, lo repetimos, está el mejor de los mundos.

Y no puede ser de otra manera porque si no ¿vaya indigestión!

El caso Uriz es un caso típico. Las cosas que aquí pasan y dan lugar a encomadas inchas en otro lugar, aquí "no causa sensación". ¿No precisará un ingerto de sensibilidad? ¿O quizá nos trán mejor las glándulas de mono? Al paso que vamos no podemos decir que mañana los simios no tengan razón. ¡Se van cosas tan estupendas!

A nosotros (por desgracia será, ¿no es eso?), como a la profesora Uriz, nos resta un poco de sensibilidad y ciertas cosas nos ponen muy alegres y como previsión en esa tenemos una camisa de fuerza por si se nos antojara hacer alguna travesura y así que decir que somos buenos chicos!

Cordialmente, a la señorita Uriz nuestra simpatía y admiración. No podemos dar más. De poder, con mucho gusto le concederíamos otra cátedra. Somos muy liberales y generosos los dusos y no tan desagradecidos como ciertas gentes que después de ilustrarlas... vaya ¡contenta seguía!

Sucede que pasarán los tiempos, los hombres y las cosas y lo que ha de ser será.

De ahora para entonces ¡atelaya!

Emplazamiento

A José Alberola

Hace unas semanas, en estas mismas columnas dije que se imponía la unidad moral de todos los militantes de la C. N. del T., si es que queremos sustraerlos a ese marasmo que tanto daño nos hace a la organización y a nosotros mismos. Pero ahora —tal vez más que nunca— no falta quien dificulta esa unidad moral; es más: hay quien levanta barreras para hacerla imposible. ¿Por qué? ¿Para qué?... Queremos hacernos la ilusión de que lo ignoramos.

Lo que sí sabemos, es que la labor epistolar y subterránea, a manalva siempre, continúa oponiéndose a la solución de la crisis moral de la C. N. del T., y sabemos, además, para infortunio de todos, que desde hace muchos meses es horrible la tragedia que azota los hogares de muchos compañeros nuestros. Y cómo también un grito, mezcla de ira y de sarcasmo, me parecido a aquel otro tan desolador: "¡Ay de los vencidos!", sin que ese grito sea el conjuro que nos torne cecánimes y generosos y que nos haga desechar pequeñas pasiones personales y esa tarea tan impropia de los hombres machos como digna de los peores y más bajos enemigos del proletariado.

Las generales convenicacias de todos no dicen nada hasta ahora. Probemos, pues, de situar ese pernicioso problema de la crisis moral de la C. N. del T. en el plano de las razones y de la realidad de los hechos.

* * *

No bastan las palabras; precisa ahora ya demostrar lo que esas palabras digan, esas palabras dichas imitando el zumbido de las moscas. Es muy cómodo eso de confundirse y hurtar el cuerpo para no dar la cara. Yo no sé qué grado de nobleza se le adjudicará a ese cultivo del equívoco deliberado con vistas a alimentar la mala fe de los que son duchos en prodigarla y en explotar la ignorancia de los que desconocen las ideas, la organización y la historia de sus luchas y miserias morales.

Pero no adelantemos juicios y comentarios; concretemos los términos del problema.

Aunque confundido entre numerosos nombres, José Alberola ha tirado un cantazo. El sabrá por qué y contra quién o quienes lo ha tirado; y por eso mismo, apelando a su nobleza y honradez, yo le emplazo a que públicamente confirme con textos, datos, hechos y personas a que ello se refiera, lo que, con su firma ha aparecido a la luz pública; a saber:

Primero: Los individuos que en España "pretenden convertir el sindicalismo revolucionario en ente androgino";

Segundo: Los individuos maculados de "impurezas y resabios de proteicas pasiones autoritarias y atávicos convencionalismos conducentes a un reformismo castrador";

Tercero: Los "redentores provisionales que en el liderismo medran—haciendo su carrera sirviendo a los poderosos y traicionando a quienes éstos explotan";

Cuarto: Los que "por su remoto atavismo de adaptación a lo más fácil y cómodo, aunque no sea lo mejor, les es sumamente factible a los embotadores y apaga-rebeldes conducirlas por terrenos equívocos y pantanosos en los que sofocar las propulsores de toda posibilidad de manumitirse por su propio esfuerzo", y

Quinto: Cómo y por quiénes se pretende ahogar la influencia espiritual de los anarquistas en la C. N. del T.

Si tiene la honradez que yo le supongo, José Alberola está en el deber de demostrar lo que antecede, pero no con generalidades y ambiguas palabras, sino —repito— con textos, datos, hechos y personas a que ello se refiera.

Acuse, si es que puede; pruebe lo que con epístolas e imitando el zumbido de las moscas se dice por ahí. Los imperativos de la unidad moral que la organización reclama bien valen una atención y el "sacrificio" de "eso" que denigra a unos hombres y a los que les azuzan.

Y luego veremos quién o quienes cultivan el equívoco... algo peor que el equívoco.

J. PEIRÓ

N. de la R.—Después de señalar en nuestro editorial una pauta para la discusión de ideas, publicamos este artículo del compañero Peiró. La discusión al terreno a que Peiró la lleva y emplaza no es el más apropiado; no obstante puede que sea cosa necesaria y quizá el único medio de llegar al plano de discusión serena por el que propugnamos. Discútase, pues, a base de "textos, datos, hechos y personas", pero sea con claridad y concisión y siempre con nobleza y con miras a las ideas. Nosotros confiamos en que las partes cobrarán mantenerse a suficiente altura; de no ser así, atentos al más leve desliz de quien fuere, procederemos en consecuencia. O la discusión se mantiene en el plano debido o no habrá discusión. Y no se diga luego que somos draconianos en nuestras medidas, que en todo caso no lo será también vivir y presente la noción de responsabilidad.

Los anarquistas en los sindicatos

La misión de los anarquistas está en los Sindicatos para velar por éstos y orientarlos.

No desamparando la acción sindical, más influencia ejercerán; más libertarias serán las organizaciones obreras; antes precipitarán el advenimiento de una nueva sociedad.

Los anarquistas debea hacer práctica de la concepción anarquista dentro de los Sindicatos. El apartamiento de los anarquistas de las agrupaciones profesionales es un suicidio. Todo debe y puede hacerse en los Sindicatos.

De ninguna manera quiere esto decir que aquéllos disuelvan los grupos que tuvieren constituídos. No; de ninguna manera. Por el contrario, pueden integrar los Sindicatos. Cuanta más influencia ejerzan, más anarquismo y más anarquistas harán. Hoy no asusta, como en otro tiempo, el anarquismo, y ello es debido a los trabajos de convencimiento realizados. Gracias a la influencia ejercida por los anarquistas pudo darse el caso de que la organización sindicalista aceptara, en los Congresos regional de Cataluña y nacional de los años 1918 y 1919 respectivamente, la declaración terminante de que nos dirigíamos a la conquista del comunismo libertario, cosa que quizá se hubiera rechazado en el año 1914 por el apartamiento de los anarquistas de la organización.

Salvador SEGUI

(De "Anarquismo y Sindicalismo").

La fusión de dos Internacionalcs

Según un telegrama publicado por "El Socialista", y fechado el día 10 los representantes de las Trade-Unions y los delegados de los Sindicatos rusos han celebrado una nueva reunión para examinar si sería posible proponer el ingreso de estos últimos en la Internacional de Amsterdam.

Los delegados ingleses han contestado al discurso pronunciado el día 6 por el presidente de la Delegación rusa y han expuesto varios argumentos sus utiles de retener la atención de sus colegas.

La reunión fué suspendida para que los rusos estudiaran denuevo la cuestión.

Las sesiones se suspendieron el día 9 y los dos grupos se separaron para dar cuenta de los resultados obtenidos a sus respectivas organizaciones.

Los anarquistas y el movimiento obrero

Los compañeros habrán visto en la sección "Notas Romanas" de nuestro número del 15 de junio una deliberación entre los anarquistas y el movimiento obrero que levantará críticas y que, en todo caso, tendrá necesidad de ser aclarada. Por ejemplo: ¿qué significan esos "grupos internos adheridos a la "Unión Sindical Italiana" que los anarquistas debían ayudar a formar? Nosotros, lo hemos dicho tantas veces, tenemos las más vivas simpatías por la "Unión Sindical Italiana" y sabemos perfectamente que en ciertas regiones de Italia es a la actividad desplegada por nuestros compañeros en su seno que se debe la rápida propagación de nuestras ideas y de nuestros métodos. Y la misma simpatía extendemos a todas las organizaciones obreras, como, por ejemplo, al Sindicato de Ferroviarios, a la Federación de Trabajadores del Mar, etcétera, cuando hacen obra de resistencia contra los patronos y el Gobierno o cuando afirman prácticamente la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los países.

Pero precisamente por esta nuestra simpatía y por los esfuerzos que nosotros hacemos y exigimos a los compañeros que hagan por el movimiento obrero es necesario guardarse bien del peligro de confundir el movimiento anarquista con esta o aquella organización obrera y el anarquismo con el sindicalismo, sea lo que fuere lo que este último pueda significar como programa en sí.

Veamos el fondo de la cuestión.

Cualquier movimiento para resistir y luchar contra los patronos tiende a despertar en los trabajadores la conciencia de la injusticia de que son víctimas. Les incita a desear y a pretender condiciones de vida siempre mejores, les hace experimentar la fuerza que se obtiene con la unión y la solidaridad, pone en evidencia y agudiza el antagonismo de intereses que existe entre quien trabaja y quien hace trabajar, y es, por lo tanto, ensayo y preparación de la total transformación social a la cual nosotros aspiramos.

Pero, con todo, el movimiento obrero no es por sí mismo revolucionario, ni por sí mismo podría conducir a la revolución. Al contrario, falta en él la obra activa de hombres y de partidos que se inspiran en ideales superiores a los ideales actuales e inmediatos y que piensan servirse del movimiento obrero como un medio para propagar sus ideas y para arrastrar a las masas hacia la lucha radical y definitiva contra las instituciones vigentes. La organización obrera se vuelve fácilmente un elemento de conservación social, de conciliación, de colaboración entre clases y tiende a crear una aristocracia y una burocracia obrera que se constituye en el grupo inicial de una nueva clase privilegiada, dejando a la gran masa en un estado definitivo de inferioridad.

Abundantes pruebas de esta degeneración del movimiento obrero existen en América, en Inglaterra, en Francia, en Alemania y también en Italia con la Confederación General del Trabajo. Y ha sucedido siempre que las organizaciones obreras, surgidas por obra de hombres animados de una ferviente aspiración de bienestar común y plenos de espíritu de sacrificio y, por lo tanto, netamente revolucionarios, a medidas que se han vuelto fuertes, han degenerado porque se ha desarrollado en ellos el espíritu de cuerpo, los intereses específicos de la organización han sido antepuestos a los intereses generales, las pequeñas ventajas inmediatas obtenidas han sido preferidas a las grandes conquistas futuras, que, entre tanto, exigen luchas y sacrificios.

Esto se explica fácilmente. Una organización obrera no puede estar compuesta solamente por obreros intelectualmente y moralmente emancipados que tienen un programa ideal y luchan por su triunfo. En tal caso éste sería simplemente un duplicado de varias agrupaciones políticas y resultaría inútil, ya sea como medio de lucha actual contra los patronos, ya sea como medio de propaganda.

Cada organización obrera hace llamadas a la masa y busca de enrolar en su seno cuanta más gente le sea posible. Por esto es necesario mantenerse en un terreno de generalidades y hacer llamadas, sobre todo, a los intereses inmediatos de los trabajadores: pedir las mejoras posibles hoy, no sobrepasar de mucho el nivel de las aspiraciones presentes entre las varias corporaciones en las distintas localidades, hacer, en resumidas cuentas, obra de reformistas.

Y el reformismo es un pozo en cuyo fondo existen todo clase de intrigas y de traiciones.

Afortunadamente, hay hombres conscientes del peligro y siempre en guardia, hay masas de espíritu rebelde y generoso que desdeñan las pequeñas mejoras y están prontas para la lucha final, pero el peligro existe y, para evitarlo, es necesario que en medio y por encima de las organizaciones obreras haya el movimiento político, la agrupación ideísta, para la cual la revolución social anárquica, por lo que a nosotros concierne, sea el fin y todo lo restante nada más que el medio. Y entonces, para nosotros, las desconfianzas y las rivalidades entre las distintas organizaciones parecenos cosa de importancia secundaria. Favorecemos las organizaciones que más se acerquen a nosotros, combatimos las que traicionen, según nosotros, la causa de la revolución, pero también sostengamos la necesidad de que los compañeros traten de infiltrarse por todas partes, llevando nuestra propaganda y el espíritu nuestro.

Las masas son, más o menos, las mismas en cualquier organización que se considere y aquellas que están fuera de toda organización no son siempre las menos avanzadas.

Deber nuestro es trabajar en las masas, en todas las masas. Y, sobre todo, deber nuestro es ser siempre nosotros mismos: anarquistas y revolucionarios.

Enrique MALATESTA

(De "Páginas de lucha cotidiana".)

HABLEMOS CLARO

El sueltó aparecido en las columnas de este vocero de los trabajadores la semana pasada haciendo en sus últimos y despectivos párrafos algunas consideraciones a la "Carta a los anarquistas", publicada en el número 25 del mismo, nos ha dejado satisfactos.

Entre otras cosas no menos "agradables" leemos en dicho escrito, refiriéndose a la mencionada "Carta": "En lo que respecta a los firmantes... ellos allá. Nosotros hemos definido nuestra posición hace mucho tiempo. Lo que quiere decir que no tenemos nada que ver con ellos". Ahora bien; siendo el que esto escribe uno de sus firmantes y no queriendo se me confunda con los que parece indicarse con bastante ambigüedad y no menos ligereza, puesto que se nos incluye a todos por el mismo rasero, voy a manifestar lo siguiente: No estoy de acuerdo ni lo he estado nunca con los procedimientos antiliberticidas que ocasionaron el desastre de nuestra C. N. T., trayendo, a la vez que la reacción militar, la descomposición del sindicalismo. Si firmé aquel documento no me propuse otra cosa con ello que dar mi conformidad a su contenido doctrinal por ser éste el de la C. N. T., sin fijarme en lo demás que repudio con toda energía.

Completamente identificado con el vitalismo ideológico de la F. O. R. Argentina—que bien quisiera para nuestro organismo confederal—contrario a todas las desviaciones y enemigo implacable del reformismo castrador en todas sus formas, no tuve ningún inconveniente en dar mi aprobación a lo que allí se defiende.

Porque estoy firmemente convencido que los males que han azotado a la organización obrera, aniquilando al fin casi todas sus fuerzas e imposibilitándola para el combate en estos momentos de prueba, los produjo la vulneración de sus principios hecha con lamentable persistencia alentará siempre como pueda lo que tienda a encauzarla por los derroteros claramente delineados en los estatutos de la C. N. T. y en sus Congresos generales, derroteros que nunca debía abandonarse. Comprendiendo como el que más que es necesario hacer frente al hamponismo disfrazado de ciertos elementos que corrompen todo cuanto tocan, distinguéndose por su aversión al trabajo, sólo me resta añadir que afortunadamente, hay muchos compañeros—entre ellos nos contamos nosotros—que no les alcanza la podredumbre existente demostrando con su proceder que algo de bueno y sano queda.

Dicho lo que antecede, que comparten también conmigo otros compañeros firmantes de la susodicha "Carta", he de hacer constar que no me he propuesto molestar a nadie, sí únicamente rectificar la nota de la Redacción para no dar lugar al equívoco.

Jaime SAGALA

N. de la R.—Hemos recibido una carta y una "Réplica" del amigo Sagalá. Publicamos la última porque es de justicia, aunque a nosotros nos obliga más el contenido de la primera. Conocemos la limpia historia de militante del amigo Sagalá en Figueras y sabemos distinguir. Entre él y nosotros puede que no haya más discrepancia que la que salvarían unas mutuas explicaciones, descartando, desde luego, algunas afirmaciones que se hacen en esta "Réplica", con las cuales no podemos convenir. Es fácil entenderse cuando la potera de sentimientos y el concepto de las ideas no han sido pervertidos; cuando lo están, no. Y ya convendrás con nosotros, amigo Sagalá, que no es oro todo lo que relumbra, y a B, que eres platero, le toca distinguir. Queda complacido el amigo y los demás que puedan hallarse en su lugar.

DE AMERICA

INFLUENCIAS MALSANAS

Asombra a muchos compañeros y decepciona a no pocos la facilidad con que toman cuerpo en nuestro campo las rencillas personales. Basta que surja una discrepancia de opiniones sobre la interpretación de un hecho, para que al momento se forme un grupo de oposición. Y tanto más batall es el asunto cuanto con más violencia y encono se manifiesta la lucha en un terreno poco propicio al entendimiento y a la reconciliación.

No debe admirarnos esa repetición del fenómeno que desde hace ocho años mantiene en nuestro campo el enardecimiento de pasiones que nos lleva a frecuentes choques personalistas. Las influencias malsanas del autoritarismo bolcheviqui, las dudas y desconfianzas sembradas por los agentes de Moscú, han atrofia de la sensibilidad provocada por la desaprensión de los revolucionarios a todo trance, complementado todo eso en el amoralismo de ciertos elementos arrojados al movimiento obrero por la tormenta social reciente, crearon una modalidad extraña al anarquismo pero que se disfraza con las palabras y los gestos de los anarquistas. Y son esos revolucionarios de alusión, que interpretan las ideas en sus formas precarias violentas y suponen que son tanto más ironclastas cuanto menos responsables sean de sus actos, los que pugnan por romper con los principios éticos que separan precisamente al idealista del delincuente vulgar.

El mismo proceso de disgregación, necesario para restablecer el equilibrio moral en la propaganda anarquista y en las relaciones colectivas de nuestro movimiento, se observa en todas partes. La ruptura provocada por el bolchevismo no dió a todos los revolucionarios la medida de su propia conducta y la noción de su responsabilidad. Mostró posteriormente la discusión de principios para poner en primer término la lucha de individuos; fué a la conquista de los cuerpos directivos del movimiento obrero, anulando mediante la calumnia y la difamación a los adversarios que no se dejaron catequizar, en vez de proyectar la conquista espiritual del proletariado. Y el método roto, por ser personalista al extremo y facilitar armas a los más amorales y desaprensivos, sigue siendo hoy el arma preferida de todos los que plantean una escisión al solo objeto de vengar supuestos agravios y eliminar de la propaganda a circunstanciales enemigos.

Lo repetimos una vez más. No tememos a las disidencias internas, al desplazamiento de fuerzas que dejan de representar una unidad ideológica, a la escisión de nuestro movimiento. Consideramos como una necesidad que los bloques faltos de homogeneidad se desprendan; que adquieran personalidad e independencia todos los matices de la ideología revolucionaria y que cada sector se libre de toda clase de poderes centrales, absorbentes y tiránicos. Es más, En las relaciones de individuo a individuo y de grupo a grupo, no debe existir ninguna clase de coacción. La armonía está en el conjunto, pero a condición de que las partes, con el pretexto de mantener una ficticia unidad, no se hostifiquen y destroçen mutuamente.

He ahí una norma de conducta individual que debe debe dar la pauta a las relaciones colectivas. En el vasto campo de la propaganda hay lugar para todos. ¿Quién obliga a un compañero a actuar al lado de otro que no es de su simpatía? ¿Qué poder central impone relaciones y acuerdos que rechacen las partes que integran nuestro movimiento? ¿Qué sanción obligatoria existe para que los disconformes con una medida cualquiera la acaten sin chistar?

Sólo el consenso de las partes dan vida y realidad a nuestro movimiento. Lo que se necesita es plantear las discusiones en su terreno, diferenciando la polémica de ideas, tácticas o procedimientos de lucha de lo que es fruto de las rencillas y antipatías personales. De lo contrario fracasa el anarquismo en sus bases: se relaja la ética del ideal y los más amorales, mediante la coacción, crean una ficción de fuerza a quienes sólo se valen del razonamiento para defender su conducta como militantes. Si, por el predominio de los violentos y de los neurótico, nuestro campo queda abierto a toda clase de individuos, ¿será posible mañana poner un freno moral a quienes hagan del anarquismo la máscara de sus vicios y la justificación de sus impulsos puramente biológicos?

No creemos que los compañeros que saben anunciar el pensamiento con los impulsos generosos del corazón, acepten ese trasluego de la ética anarquista a pretexto de que así el anarquismo se hace más revolucionario y activista. Hay que distinguir al impulsivo que acepta la violencia como resultado de su neurosis, del revolucionario consciente que sólo considera que la violencia de abajo es una consecuencia del estado violento creado por los poderes coercitivos que mantienen a los pueblos en la sumisión y la esclavitud. Y es preciso oponer a los alegatos de esos subversivos sistemáticos, psicológicamente identificados con los descontentos que por otros medios demuestran su falta de apoyo al conjunto social, los razonamientos que todo anarquista extrae de la lógica irrebatible de cada acontecimiento más o menos excepcional.

El hábito de no respetar nada, de negarlo todo, de oponer a las normas consagradas el propio capricho, podrá ser muy anarquista para quienes hacen girar las ideas en torno a su desequilibrio mental. Hay una forma simple de considerar los hechos sociales: la que reduce a una expresión violenta, pretendiendo subordinar los problemas éticos, sentimentales y psicológicos, todo el proceso revolucionario de los pueblos. Y se comprende que esos subversivos del instinto, concentrados en su temperamento pasional, supongan que con sentir ellos la necesidad de hacer ruido forzosamente el mundo ha de entregarse a un fantástico aquelarre. ¿No es bien cierto que la pesadilla de la revolución atormenta a esos espíritus desequilibrados y propensos a dejarse arrastrar por pasajeras sugestiones?

No es posible dejar hacer su capricho a los impulsivos, cuando de sus arrebatos quieren hacer la norma colectiva y el procedimiento único para hacer frente a las contingencias de la lucha. Si es posible debemos discutir sus opiniones y convencerles de su error, o que ellos nos demuestren que el fenómeno de la revolución está en su neurosis subversiva. Lo repudiable, pues, está en valerse de esos eternos descontentos, de esos divorciados con su propia sombra, para vengar supuestas ofensas personales y dar rienda suelta a las mezquinas pasiones que ofuscan el entendimiento de los hombres que parecen poseer un claro juicio de las cosas.

Cuando en nuestro campo se produce una disensión, cuando chocan las opiniones y los temperamentos frente a cualquier hecho, es lógico que se discuta la conducta de cada cual. Pero la discusión debe hacerse a la luz del día, con razonamientos, entre compañeros. ¿Qué pensar de la seriedad y la capacidad de quienes, porque no están de acuerdo con lo que opinan otros camaradas, en vez de discutirlos se reúnen en conciliábulos y decretan su descalificación? ¿Y qué respeto nos pueden merecer los gestadores de campañas subterráneas que tienden a desacreditar a determinados militantes, a sembrar la confusión y la duda sobre la conducta de sus adversarios, con el propósito inconfesable de reemplazarlos ellos en el puesto de responsabilidad que circunstancialmente ocupan?

Estos procedimientos de ataque individual están muy lejos de constituir la base de una oposición razonada a determinados sectores de nuestro movimiento. Se trata, en realidad, de guerrillas improvisadas a base de todos los descontentos impenitentes para combatir a un individuo o a un grupo de individuos que no gozan de las simpatías de los que dieron el primer grito de guerra. Por eso las cosas pequeñas, los detalles insignificantes, los errores de poca monta, cuando caen bajo el control de los maledicentes, adquieren proporciones insultadas y llegan hasta tener las apariencias de graves pecados.

Nos duele tener que tratar estas cosas que se ocultan bajo la superficie de una mentida cordialidad. Pero más daño hacen a la propaganda los calumniadores insidiosos que los enemigos declarados que mantienen la guerra desde el sector de enfrente. Llamamos, pues, a la reflexión a los que sean capaces de reflexionar. Es preciso poner fin a ese sistema de ataque, combatiendo esa herencia política del jesuitismo marxista. Las influencias malsanas que aun tienen arraigo en nuestro movimiento, deben ser combatidas con energía y tesón por los anarquistas capaces de interpretar el grave peligro porque atraviesa la propaganda revolucionaria de este país.

(De "La Protesta" de Buenos Aires).

Obreros: Propagad

SOLIDARIDAD PROLETARIA

Organo de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña

Fe de erratas

Aunque tarde, por fin se ha publicado nuestra "Carta abierta" a los camaradas anarquistas, que debía publicarse antes y no después del segundo Congreso de la A. I. T. Y, como además de haber perdido "ya" su oportunidad, vemos invertidas algunas partes de su texto, que pueden muy bien interpretarse en sentido opuesto al en que fueron escritas, consideramos de absoluta necesidad que se haga constar lo siguiente:

En la segunda columna, allí donde dice: "Y es que las teorías todas—y el anarquismo en este caso no es sino una excepción—han de encarnarse y tomar nervio, etc., etc...", debe leerse: "Y es que las teorías todas—y el *anarquismo en este caso no puede ser una excepción*—han de encarnarse y tomar nervio, etc., etc."

Más abajo, donde dice: "...vióse en la ineludible necesidad de forjar, a fin y efecto de salir, etc...", debe decir: "...vióse en la ineludible necesidad *de entrar*, etc., etc.

En la tercera columna, donde dice "protéticas", debe decir "proteicas".

Hemos expresado más arriba que sólo hacemos mención de aquellas faltas cometidas en la interpretación del texto que desvirtúan el concepto de la idea vertida. Y nada más.

El resto lo dejamos a la consideración y buen entendimiento de quienes lean la *tardía* "carta abierta" publicada en un número anterior. Es de lamentar que el C. R. estudie los "manifiestos" con tanta calma, hasta el extremo de inutilizar la eficacia de los mismos—como ha sucedido con el nuestro — por retardar su publicación.

Por los 75 firmantes de la "Carta abierta",

Soñador BOHEMIO

Enemigos imaginarios

Circula insistentemente, sin alegar juicios justificantes, que las opiniones sostenidas por nuestro órgano confederal con respecto a lo que podemos llamar apropiadamente problema interno, que existen desviaciones, se adjetivan de peligrosas y se pide casi la cabeza de los "pecadores".

¿Qué hay de verdad en todo eso?

No nos lo dicen. Se han hecho afirmaciones tan categóricas que no deja penetrar el más sutil hilo de crítica. Ante esas afirmaciones es lógico que, si no puede entablarse el diálogo, cada uno de los hombres que, emocionados ante el porvenir, esté decidido a trabajar honrada y ampliamente, deje expresado su pensamiento.

Los que acusan de desviación pueden considerarse en dos categorías: una, la de los viejos lilliosos, impenitentes protestatarios de todo lo que se realice sin su placer, de todo lo que no lleve impresa su marca. Enemigos personales de todos los que, equivocados o no, recaban su libertad de pensamiento y su consiguiente responsabilidad, y llevan frente al mundo sus propias concepciones de la vida, de las relaciones sociales y de las luchas que los trabajadores mantenemos contra la burguesía y sus instituciones. Viejos sin inteligencia, de sensibilidad atrofiada por la conciencia de su inferioridad, incapaces de expresar una idea, de asumir una posición cordial al lado de los demás hombres que no están obligados a pensar como ellos.

La otra está formada por la juventud nacida a la lucha social durante ocho años. Desarrollada en condiciones anormales; atraída por lo espectacular de la lucha, no ha sufrido de un período de preparación, de propaganda de ideas que les determinara a elaborar una tendencia consistente dentro del movimiento obrero.

Llena de vitalidad, cree poder ahogar la diversidad de tendencias sociales y políticas en el marco de sus concepciones, y que es una herejía que los demás se expresen de otra forma y por otros procedimientos que aquellos por ella seguidos, generalmente sin elección, a causa de su desarrollo anormal.

Nuestro criterio con respecto a los que claman diariamente "¡Desviación!" es que los únicos desviados son ellos. Cuando se trata de intereses comunes, de ideales que pretenden renovar el mundo no pueden lanzarse con ligereza juicios tan concisos, tan rotundos, tan cerrados.

¿Desviación de qué y por quién? He aquí lo interesante.

Pretender que todos los que luchamos en el sindicalismo interpretemos dogmáticamente las ideas que el movimiento sindicalista ofrece a la humanidad es un atentado al pensamiento, es una monstruosidad.

El sindicalismo es un conjunto de tácticas y procedimientos de lucha de los trabajadores contra sus enemigos: la burguesía y el Estado, tendentes a conseguir una finalidad ideal: el comunismo libertario.

En esa diversidad de tácticas y procedimientos cada militante de la organización halla la más apropiada a su temperamento. ¿Puede, en buena lógica, obligarse a nadie a que obre de manera distinta a como se determine?

Y aquí lo que ocurre es eso. Se pretende que todos obren de la misma manera; se pide casi una moral de cuartel, un sometimiento absurdo a la práctica de determinadas actividades que rechazan los demás por distintas razones. ¿Significa esta negativa objetación de ideas o de predicados morales que nada tienen que ver con los puros, si con el sexo?

Ninguno de los "acusados" ha negado las ideas anarquistas, puesto que son la expresión natural de su evolución mental. Las defienden, al mismo tiempo que exponen cuáles son, a su juicio, aquellas aplicaciones convenientes a la realidad social. Y si no las niegan; si sus fundamentos morales y científicos los proclaman a todos los vientos, como ideal de la humanidad nueva, en qué pueden basarse los impugnadores para acusarles de renegados o poco menos?

* * *

Las dos categorías de impugnadores coinciden en calificar de "desviados" a los que mantienen opiniones contrarias a las suyas. A nosotros, lo confesamos, nos es simpática, por lo que tiene de pasión, de vitalidad, la juventud. La otra, no solamente no nos convence, sino que la consideramos culpable de que la natural diversidad de interpretaciones ideológicas se convierta en lucha sorda entre compañeros. Pero, en el fondo, no llevan razón los impugnadores cuando censuran a los demás por el simple hecho de que no piensan como ellos, y de que, por consiguiente, no deben actuar en la organización. ¿Como si ellos fueran los designados por el "destino" para orientar a los demás en la lucha por la libertad?

UN TIPOGRAFO

Del Congreso de la AIT

Prometimos en un número pasado dar una amplia información del Congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores, celebrado el mes pasado en Amsterdam.

Hasta la hora presente no han llegado a nuestro poder los informes de nuestro delegado, por lo que nos vemos en la imposibilidad de dar la información ofrecida.

Rogamos a los compañeros tengan en cuenta esto.

En cuanto los informes estén en nuestro poder verán la luz.

JUVENTUDES SINDICALISTAS

En el Congreso celebrado por la A. I. T., y en una de sus últimas sesiones, se discutió la formación de las Juventudes sindicalistas.

En el debate intervinieron casi todos los delegados. Una moción de la Delegación italiana planteó la cuestión en su sentido práctico. El delegado de la C. G. del T. de Portugal expuso la organización de los jóvenes sindicalistas lusitanos. Después, el delegado de Holanda habló en su favor, terminándose el debate con un discurso de Rodolfo Rocker, que sostentaba la representación de la juventud sindicalista de Alemania. Expresó el sentido de esta nueva organización y estimuló a que en todas partes fueran creadas, porque con ello se contribuirá al fomento de las ideas revolucionarias y se prepara a la juventud obrera para su intervención en las grandes luchas sociales.

* * *

Estas son las noticias que nos transmite la Prensa obrera. Ellas nos dicen que nuestra organización toma estado internacional y que muy pronto, producirá un movimiento juvenil que con el calor que le presten las organizaciones adheridas a la A. I. T., se hará renovar las esperanzas de los decaídos, de los angustiados por esta sorda lucha intestina que se ha producido en todas las organizaciones fuertes venidas abajo.

Debemos congratularnos de que la A. I. T. haya aprobado la formación de estos organismos. Con ello se demuestra la identidad de pensamiento entre los viejos y los jóvenes libertarios, y se recogen las energías de éstos para orientarlas hacia la realización de un plan de luchas que vigorice al pueblo y le impulse a la consecución de sus fines sociales.

* * *

Nosotros debemos responder a este acuerdo intensificando nuestra acción, ampliando la propaganda, con objeto de que llegue a todas partes y la juventud obrera se sume a nosotros.

Debemos poner un interés especial en que al mismo tiempo que se realiza la admisión de socios se rechace a los individuos cuya moralidad no responda a un concepto libertario de la vida. Queremos decir con esto que es posible que traten de introducirse elementos que vengan a realizar una obra contraria a la finalidad de nuestra organización. En estos casos deben rechazarse las solicitudes, y, dado que se hubieran introducido, separarlos inmediatamente.

Excitamos a todos los núcleos constituidos a que extiendan la propaganda por los pueblos limítrofes, formando núcleos allí donde el número de simpatizantes lo permita, y si no fueran más que compañeros aislados, facilitarles su "Carta" de adhesión.

Trabajemos mucho, dediquémonos con entusiasmo a esta tarea, que ya dará sus resultados.

Juan RENOLD

Nota.—Las Comisiones organizadoras que hay constituídas en diferentes pueblos pueden ponerse en relación con nosotros para asuntos de interés.—J. R.

Huelga de vendedores de periódicos en Lisboa

"O Século", órgano de las "fuerzas vivas", que hace poco trabajaron intensamente para dar un golpe de Estado e imponer el fascismo en el vecino país, ha sido sorprendido por la energía de sus vendedores.

Estos habían hecho unas reclamaciones que no habían sido atendidas por la dirección de la Empresa. Pero los vendedores consideraron que había llegado la ocasión de imponerlas y se negaron terminantemente a venderlo.

El movimiento se extendió a Oporto y otras ciudades de Portugal, y el Boicot fué general.

Como no tenía más remedio que suceder, los vendedores, a los pocos días de huelga, fueron llamados por la Dirección del periódico, que les concedió las mejoras que solicitaron.

La organización obrera ha estado al lado de los vendedores contra la avaricia y el despotismo de los fascistas lusitanos.

CORRESPONDENCIA DE REDACCION

D.—Cárcel.—No se publican; el uno por ser cuestión terminada, el otro porque cuantas menos vueltas se den alrededor de lo mismo, mejor.—J. E., Prisión. No se publica.—A. A. Tu crítica a "La Victoria" no va; lo otro tampoco. Aunque sea un atropello y se meta contigo y con todo el mundo, deja en paz a ese pobre diablo llamado Angel Rojo o Angel Bueso, que es lo mismo. Además que no es digno de contestación lo que sólo merece desprecio. Manda otra cosa.—A. S. No se publica.—P. R., Cárcel. No se publica; manda otra cosa que sea crítica serena y objetiva o irá, si no, no.—V. S. Valencia. No se publica.

LOS VERDADEROS REVOLUCIONARIOS

Los verdaderos revolucionarios han sido siempre, en todos los tiempos y en todos los países, los hombres cuyo espíritu ha sido suficientemente amplio para comprender las fórmulas más diversas y opuestas, extraer de cada una de ellas la parte de verdad que en sí contienen y tratar de conciliarlas en una armonía o interés superior. Los "revolucionarios" no son siempre aquellos que se designan con ese nombre; éstos últimos merecen más bien el epíteto de "reaccionarios", pues sus actos lo justifican plenamente. El revolucionario es lo opuesto del sectario. Un revolucionario que fuera un sectario no sería sino un pseudorrevolucionario. Hay muchos revolucionarios que tienen un espíritu sectario y, por la misma razón, nos prueban que no tienen nada de revolucionarios. Una etiqueta no significa nada; la sinceridad del hombre es el todo; la independencia y el carácter son los que cuentan; la generosidad y la fortaleza de ánimo, la fidelidad al ideal sólo significan alguna cosa. Cada día vemos tristes personajes disfrazarse con una etiqueta para sacar provecho, ponerse en un partido y pasarse a otro por interés y, finalmente, su conducta produce asco y repugnancia hasta entre sus mismos amigos. Rechazados de todas partes porque en todos los sitios les han visto el pelo, son restos o deshechos más bien dignos de piedad que de odio. Odiarles sería tomarles en serio; tenerles piedad es castigarlos como se merecen.

No es revolucionario aquel que se cree en posesión de la verdad, sino aquel que sabe que la verdad está en todas partes y que es su deber descubrirla donde esté. No lo es tampoco aquel que conoce y emplea un solo medio: la violencia, sino aquel que posee un gran pensamiento, que reflexiona y que sueña. Este último no violenta a nadie para imponer sus ideas: es sobre sí mismo que ejerce la violencia. El se perfecciona, busca, aspira a ser mejor. Es en su fuero interno que él realiza el gran día. Es a su Bastilla de prejuicios que la sociedad ha puesto en su interior que él ataca. Es, en fin, a su voluntad a quien pide ayuda para llegar a ser un hombre nuevo.

Esta revolución interior, que es el más bello esfuerzo del hombre hacia la verdad y hacia la justicia, es la revolución integral por excelencia. Fuera de ella, ningún progreso positivo existe. Ella es el preludio de las transformaciones sociales, el crisol en que se elabora la humanidad del mañana. ¿Creíais acaso que eso es también imposible, que es mucho más difícil que la revolución por la violencia y que esta última es mucho más fértil en resultados?

Pedid a un hombre que aleje la pasión y el egoísmo de su corazón; pedidle que sea lo suficiente tolerante para acoger todas las sinceridades y desentrañar su realidad profunda, y eso será seguramente exigirle un esfuerzo mucho más grande que el de cotizar, de escuchar a cualquier orador, de insultar a un adversario, de enarbolar una enseña o de hacer frente a la autoridad.

Empecemos por esa revolución interior la transformación de la sociedad. La revolución moral producirá más beneficios que la sangrienta, de la cual la dictadura es el fruto envenenado.

Por revolución interior no entendemos hacer la apología de la torre de marfil, contemplar los acontecimientos y sonreírse, levantar las espaldas cada vez que el pueblo prueba de sacudir sus cadenas. Nosotros reclamamos sencillamente que todo movimiento popular tenga un fin desinteresado: no ha de ser para ocupar el puesto de sus dueños que el pueblo ha de hacer la revolución, sino con el fin de conseguir un ideal de justicia y de belleza, con el fin de dar nacimiento a una humanidad mejor.

Los verdaderos revolucionarios no han tenido siempre ante su mirada un objetivo inmediato y práctico, sino una finalidad lejana, si se quiere, de armonía y de libertad. No es sembrar el escepticismo afirmar que no se cambia en un día la sociedad y decir que para que el cambio se efectúe, es necesario aprender, estudiar, observar y vivir. Nosotros no negamos la utilidad de una revolución económica; muy al contrario, nosotros la deseamos, la invocamos con todas nuestras fuerzas; pero la subordinamos a la revolución del corazón y del espíritu, sin la cual aquélla no es posible. Nosotros estamos impacientes por llegar cuantao antes a una sociedad más justa, en la cual cada individuo realizará su máximo de felicidad; mas nosotros no creemos que esta felicidad consista únicamente en el goce material; creemos que debe ser completada y rebasada por los goces espirituales, sin los cuales la vida no es sino un engaño.

Con los revolucionarios estamos siempre que se proponen accionar contra la ignorancia y el egoísmo para transformar la sociedad. La Revolución será hecha cuando los individuos hayan comprendido que no es lo suficiente para ser revolucionario obedecer a una palabra de orden o detomar un fusil para derribar al enemigo, sino que precisa, para merecer ese título, poseer un alma y una conciencia.

Gérard de LACAZE-DUTHIERS

(Traducido por J. Bigas.)

Necesidad de crear un Comité de Relaciones de la Industria Fabril y Textil

Cada día que transcurre se hace más necesaria la relación de todos los trabajadores de la industria fabril y textil. Jamás, como en los momentos presentes, ha existido desorientación que perjudique tanto los intereses morales y materiales de nuestra personalidad de obreros de la industria, especialmente en el orden de los salarios.

Hoy, si hiciéramos una estadística de salarios, veríamos cómo varían de una fábrica a otra, de un pueblo a otro. Ningún patrono paga con arreglo a la justamente estipulada y cumplimentada por nuestros Sindicatos.

Hoy, si hiciéramos una estadística que amenaza ostensiblemente a los obreros de la capital y es precisamente la continua baja que van sufriendo los salarios de los obreros de la montaña. Esto, fatalmente, si no se pone un freno que paralice el camino despótico de la burguesía, nos hará igualmente las mismas consecuencias. En cambio, lo que hoy comete esa burguesía es fácil de atajar, por tratarse de tarifas que todos debemos defender.

Pero todo esto resultaría más que imposible solucionar sin el establecimiento de las relaciones imprescindibles para esos casos, o sea, el restablecimiento de relaciones comarcales: de la comarca a la provincia y de ésta a la región. El cambio de impresiones que dimane de este organismo puede ser norma y orientación en todas nuestras cuestiones, evitando el ataque a una serie de conquistas heroicas de los Sindicatos.

Podríamos enumerar los industriales que trasladan sus fábricas a pueblos cercanos a la capital, donde pueden a sus anchas explotar, no la maquinaria solamente, sino el esfuerzo del obrero y de la obrera, mitigando casi un 35 y hasta un 40 por 100 los jornales que se veían obligados a pagar cuando tenían sus fábricas en la capital.

Todo esto, que es una cuestión importante, y que todos sabemos podría terminar si los obreros todos tuviéramos un poco más de interés en velar por nuestros propios intereses, apelando inmediatamente a la constitución de un Comité de relaciones del Arte Fabril y Textil.

Gonzalo SOLER

La catástrofe del ferrocarril eléctrico

Un hecho trágico ha venido a turbar la paz varsoviana de nuestros días. Una catástrofe que ha costado cientos de víctimas y que, a buen seguro, no se sabrá jamás públicamente qué la motivó.

La Prensa diaria ha contado, con mil detalles, el suceso. Las noticias oficiales han querido llevar la paz a los espíritus, dando unas cifras de muertos que jamás se sabrá si son verdaderas, y que, como una ironía, a última hora ha sido "rebajada".

Nos fijaremos tan sólo en un detalle hecho público por algunos de los testigos. El conductor del tren había comunicado a sus superiores que los motores no estaban en condiciones de funcionar y, a pesar de ello, se le ordenó que, fuera como fuera, había de llegar a Sarriá.

Sabía indudablemente el infeliz que aquello podría costar lo sucedido y, sin embargo, de ser ciertos estos detalles, tuvo de obedecer las órdenes de sus jefes.

¿De quién es la responsabilidad de la catástrofe? ¿Sobre quién cae la sangre de esos cientos de víctimas?

Familias enteras han perecido privadas de sus miembros más jóvenes. Una porción de obreros han perecido.

Lo que resulta un milagro, más milagroso aún que resucitar a los muertos, es que no haya todos los días una catástrofe.

Mas esto no importa. La Compañía va al negocio y los medios de que se vale no le interesan. El tren eléctrico ha merecido el bautismo popular: "Tren de la muerte" se le llama, y con razón. Raro es el día que los periódicos no han de registrar en sus columnas algún atropello por él cometido.

"Dos años en Rusia,,

por

EMMA GOLDMAN

Se ha publicado este interesante y bien documentado libro que recomendamos a todos los amantes de espíritu liberalizado. Contiene 11 grabados y cubierta papel malla a dos tintas con el retrato de Emma.

Precio: 50 céntimos

En provincias (2) en adelanta, el 50 por 100 de descuento.

Contra la división de los trabajadores

No solamente han sido miembros del Sindicato del Transporte los que han dividido éste en sociedades profesionales. Ahora "se van dando cuenta" otros compañeros que es más cómodo y menos peligroso actuar "como se pueda" que luchar por mantener lo que ha tenido el consenso, la aprobación de la mayor parte del proletariado español.

Efectivamente, se pretende organizar a los obreros panaderos al margen del Sindicato del Ramo, volviendo a la asociación gremial.

Y quienes esto pretenden, y por ello luchan, son individuos que han ocupado cargos al frente del Sindicato de Ramo y lo han defendido contra las críticas y las maniobras de las tendencias que no aceptan nuestra estructura sindical. ¿Debemos callar ante tales cosas? Rotundamente, no.

El Sindicato de Ramo no ha fracasado. La agrupación gremial, sí. No responde a las concentraciones burguesas de la industria. Se encuentra en inferioridad de condiciones, en todos los órdenes, para hacer frente a los conflictos que planteamos a la burguesía. No es necesario que refresquemos la memoria de nadie, enumerando las huelgas que se han mantenido en Barcelona durante semanas y meses, y que las antiguas sociedades no hubieran podido plantear, menos resolver.

Mantienen el sentido corporativista latente en los trabajadores, e impide la práctica de la solidaridad en las proporciones que las luchas modernas reclaman.

Y si no son instrumentos útiles contra el capitalismo—que se asocia cada día mejor, que se prepara en todos los órdenes para evitar la consecución de nuestros ideales—; si dificulta, como se ha demostrado mil veces, los grandes movimientos solidarios; si rompe el método de organización sindical que todos luchamos por perfeccionar; si no responde a las actuales formas de la producción capitalista, ¿qué razones impulsan a esos compañeros para abandonar la defensa de los Sindicatos y reunirse, al calor de las circunstancias, en formas de organización imperfectas y desechadas por los trabajadores? ¿No aprobaron estos, en horas de libertad y de libre elección, los Sindicatos de Ramo o Industria? Pues si los aprobaron, ¿por qué sus miembros caracterizados se empeñan en destruirlos?

Para conseguir ésto, la formación de las asociaciones gremiales, se exalta la cobardía de la gente, se les hace ver que es preferible a pasar peligros y dolores, persecuciones y amenazas a la libertad por defender las formas libremente elegidas de organización, encuadrarse en las imposiciones de la hora actual.

Y después, vendrá aquello que se llevaron combatiendo toda la vida: los criptastos reformistas, el Instituto de Reformas Sociales, la Comisión mixta, sabemos de qué), todo lo que, aceptado, coloca a los trabajadores en la más desoladora indefensión.

No, esto no debe ser y no será. Hay todavía hombres que, haciendo abstracción de las dificultades que pueden aconsejar el reformismo, llevarán su inquietud y sus actividades al seno de la masa, en una acción conjunta y decidida para rehacer los Sindicatos. Surgirán del pueblo un número de hombres suficiente para hacer comprender a todos que están dispuestos a vivificar los Sindicatos, a reunir en ellos a todos los trabajadores, desperdiñando la conciencia de su responsabilidad, las obligaciones que comporta la lucha de clases. Nos lanzaremos todos a la tarea para evitar que se realice tamaño insensato.

Advertimos a los militantes de la organización de Barcelona que procedan en consecuencia. Frente a las verdaderas desviaciones sindicales, que pretenden anular toda la obra hecha; frente a la negación de nuestra estructura sindical, la única aplicada por la clase trabajadora en el ejercicio de sus derechos; frente a la práctica de los procedimientos reformistas que van de la asociación gremial a la aceptación de la Comisión mixta y demás monstruos, debemos tenenos la obligación de oponer nuestra energía, nuestras ideas y nuestra concepción de la lucha de clases.

Hagamos comprender a nuestros compañeros que esto es un peligro, peligro que puede traer funestas consecuencias para el futuro de nuestra organización. Esforcémonos en presentarles con claridad lo que significa que unos cuantos, eludiendo la responsabilidad que adquirieron al ocupar el frente de los Sindicatos, acepten las prácticas reformistas.

Nada de Comisión mixta, Instituto de Reformas Sociales, etc.

Nada de asociaciones gremiales.

Defendamos los acuerdos del Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo, celebrado en Madrid, y aceptemos las consecuencias que reporte. Camaradas: Hay que trabajar de firme para demostrar prácticamente nuestra identificación con aquellos acuerdos.

El Dolor Universal

Por SEBASTIAN FAURE

2 pesetas

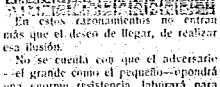
De venta en esta Administración

Una actuación fecunda

El tiempo es el gran forjador de las cosas así influye en los acontecimientos como en los individuos. En estos momentos asistimos a la plasmación en forma tangible de una tendencia que no siendo nueva en el resto de los países, es casi nueva aquí.

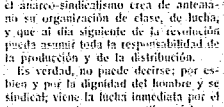
El anarco-sindicalismo es la tendencia que, separándose un poco del tronco fundamental del anarquismo, crea en estos instantes una nueva corriente por donde tienen que surcar las nuevas actividades de sus componentes.

El anarquismo, en el orden económico, organiza la sociedad en grupos productores libres, que cambian sus productos con arreglo a las necesidades de cada uno, entrando en la formación de estos grupos la afinidad y el acuerdo. Pero hay sólo, al esbozar estos principios de organización de la sociedad del porvenir, al deseo de las gentes de mejorar su condición, al anhelo de abolir



En estos acontecimientos no entran más que el deseo de llegar, de realizar esa ilusión.

No se cuenta con que el adversario—el grande como el pequeño—opondrá una enorme resistencia, laborará para entorpecer la reorganización de las cosas. Y sabido es la enorme influencia que ejerce un acontecimiento adverso en el curso de una revolución cuando siendo el objetivo de las muchedumbres que intervienen en el magno acontecimiento el mejorar, el adquirir los bienes materiales y la libertad, nunca que el bien no aparece por parte alguna, las cosas continúan sin nexo y organización y, como



Contra esta manera de "dejar hacer", de "buscar afines" para producir en todos los órdenes de la actividad humana, el anarco-sindicalismo crea de antemano su organización de clase, de lucha, y que al día siguiente de la revolución pueda asumir toda la responsabilidad de la producción y de la distribución.

Es verdad, no puede decirse: por estar bien y por la dignidad del hombre y se sindical, viene la lucha inmediata por el te cauce que trazamos, continuará la rechoque entre las viejas instituciones del volución. Pero, ese acontecimiento, ese capitalismo, ese derrumbamiento total del edificio que ha tan sólo en el estrujamiento de los que producen, debe de tener algo orilladas las dificultades.

Y a la pregunta ¿qué hacemos hoy si todo está en desorden?, no se puede responder a "holgar, bastante hemos trabajado en el orden capitalista". Sino, muy al contrario, acudir al sindicato, empuñar las herramientas y producir para que el orden nuevo, la [illegible] mejorando la vida, no retroceda a los golpes de la reacción.

La ciencia, la espiritualidad del anarquismo no se puede negar; que el mundo está mal organizado, que la injusticia comete infinidad de víctimas, este aspecto sentimental de la doctrina, esta protesta del alma dolorida ante el dolor, es una de las bellezas del ideal. Pero unido a esto, viene la organización unen los dos propósitos. Mejorar la existencia y cambiar la sociedad. Destruir el capitalismo y suplantarlo por la posesión, por los Sindicatos, de la riqueza toda y de los útiles de producción.

* * *

Así organizada la producción, de acuerdo con las necesidades de todos, llegaríase a la producción de inmensas existencia, que en vez de producir dolor y miseria, como en la sociedad capitalista, producirían bienestar, alegría y placer.

* * *

Con cariño debe acentuarse esta diversidad de pareceres y esta interpretación de las ideas. Pero con elevación de miras y nobleza de sentimientos.

Los que sueñan lo irrealizable, quédense cariñosamente con sus ilusiones, sus esperanzas, sus sueños.

Los que piensan en la Confederación, sus fines y la grande influencia que puede ejercer en la vida de la clase trabajadora, éstos a las agrupaciones anarco-sindicalistas y a los Sindicatos de su profesión. Nos espera una era fecunda de actividad y de responsabilidades.

El anarquismo no excluye a nadie, pero siempre que esos individuos vayan hacia la clase obrera a instruirla, a educarla, a orientarla. Y que la vituperen, la denigren por su idiosincrasia. El campesino no insulta a la tierra que le da hierbas malas, sino que la limpia. También le da frutos sabrosos.

En esta época, el anarquismo es como un río que, de vez en cuando, se labra a sí mismo un nuevo cauce, derrumbando los viejos. Y como consecuencia, fecundará nuevas planicies.

Ramón GARIÑA

13-4-1925.

Dos palabras sobre el seudónimo

Sería en extremo interesante poder demostrar el por qué del uso de los seudónimos literarios. Naturalmente que toda opinión emitida a este respecto ha de tomar un carácter general. Otra cosa equivaldría a estudiar el individuo en cada uno de los casos que se nos presentasen. Labor en extremo ardua y difícil, propia para un psicólogo y demasiado extensa para caber en los límites de un modesto artículo periodístico.

Indudablemente, ante esta cuestión literaria que se llama seudónimo, nos asalta la duda de si ha sido dictada por la modestia, por la vanidad o por el lucro.

La disquisición de estos tres aspectos es de una delicadeza tal, que todo juicio exigido por los mismos ha de parecer aventurado. Aparte de que es preciso tener en cuenta la puril susceptibilidad de los seudónimistas.

En el primer caso, a mi juicio el más dudoso, el autor se conforma con dar sus frutos más o menos sabrosos y saborear en el incógnito el placer que ha proporcionado a los demás. Es evidente que ha deliberado su actitud recalcada. Ahora bien: si la modestia es premeditada, deja de ser modestia. Conviene desconfiar de la hontadez del hombre que es dice continuamente que es honrado.

Seguramente es en el segundo caso donde se abre mayor campo a nuestras observaciones.

Es notoria la afición de los artistas líricos a usar un nombre escénico. El por qué, se encuentra en sus apellidos demasiado vulgares, demasiado genuinos, y en el conocimiento, que a través de su vida han adquirido del público. Saben la influencia que ejercen en él la belleza de un nombre sonoro y no temen ni titubean en adulterar su patronímico. Así vemos en Luis Vallini, un Casas en Saade y podemos admitir en madama Sans Gene a la esposa del mariscal Lefebvre.

Por otra parte, imaginados un divo que contase un Adolfo a la vita y se llamase Sánchez. Es para desesperar a un buen aficionado.

La herencia tradicional es inevitable, y no todo el mundo se alegra como Victor Hugo de que, gracias a las revoluciones, un duque pueda llamarse Pedro a secas, y por el contrario un carretero se llame Alejandro, nombre que en la Edad Media se sacaba de la "estafeta" rayado se trataba de bautizar un príncipe. La historia ha recogido algunos ejemplos. El cochero que llevaba Bonaparte en el alentado del mes de Nivose se llamaba César.

Entre los escritores de la novela y del periódico, la vanidad del seudónimo me recuerda las pinturas detestables de un aficionado de un mal artista (suponiendo que "artista" y "malo" no se excluyan) a las que se ponen marcos exageradamente dorados para que resalten y que suelen adornar el comedor de un hombre de mal gusto o de un "nuevo rico". Allí lo de menos es la pintura, la firma, el arte, en fin; lo que interesa y a su dueño es que hiera la vista de sus asiduos dándoles la sensación material de sus riquezas.

Otras veces es el afán de agradar, de elevarse, el que obliga al individuo a recurrir a este barniz, deslumbrador para los ojos del vulgo, que pretiza la lugareña condición del nombre de pila.

José María Carretero es un nombre admirable para un chófer o un cartel, pero tiene excesiva simplicidad para un Everest del sensualismo.

No sería difícil citar muchos casos análogos: Martínez Ruiz son apellidos que le sentarían a un ordenanza casi tan bien como una casaca nueva, pero que cuadran mal al autor de "La ruta de Don Quijote".

No quiere esto decir que cerremos las puertas de nuestra consideración a los motivos que puedan justificar el uso del seudónimo.

Un amigo mío, músico de gran talento, y de poderosa fecundidad, me confesaba, no ha mucho, haber compuesto la partitura de varios couplés, partitura que, claro está, no llevaba su firma.

Convengamos efectivamente, que si se tienen en cuenta los reinantes prejuicios sociales, sería atentatorio a su bien cimentada fama, el que apareciese un "Yo y Ven" firmado por nuestro insigne Vives.

Sin embargo, añadía mi amigo, es preciso confesar que el estómago impone también sus condiciones.

La literatura sana, vive difícilmente. El editor sabe que han de venderse pocos ejemplares y paga mísérimamente el original. De ahí que literatos eminentes se vean obligados, para poder vivir, a colaborar en periódicos de deportes y revistas de carácter frívolo. En este caso el seudónimo es puramente convencional y la falta de integridad en el escritor está atenuada por la necesidad imperiosa del individuo.

En el orden político está plenamente justificado el seudónimo. Y el anónimo también. Las ideas gráficadas no pertenecen al escritor, sino a su ideario. Y su ideario, cuya originalidad data de muy antiguo, se vale de él como medio para decorarse y hacerse a veces más comprensible, a la generalidad.

El crítico teatral, taurómaco, deportista, etc., usa del seudónimo por temor a atraer sobre sí la enemistad del actor, del torero o del sportman, provocando con su actuación cuestiones personales que no convienen ni aun a la redacción del periódico.

Cuando se ataca al individuo sin lealtad y se pretende, gracias al seudónimo, eludir responsabilidades, el uso del mismo es despreciable.

¿La celebridad adquirida por Jorge Sand, Carmen Sylva, Azorín, etc., se debe a su preclara inteligencia, a su fecunda imaginación, a la claridad amena de su estilo? Sí, indudablemente sí. Por lo tanto, Armandina Dupin, Isabel de Rumanía, Martínez Ruiz, hubiesen triunfado igualmente.

Quevedo no necesitó para nada al "Bachiller de la Torre" para imponerse y su labor literaria, despertará la admiración de las sucesivas generaciones bajo una u otra firma.

La influencia que algunos autores no contemporáneos, han ejercido sobre sus devotos, han llevado a éstos a firmar sus trabajos con el nombre de aquellos, y aun muchas veces, con el título de algunas de sus obras.

Esto que en parte puede ser una atenuante, resta personalidad al individuo, presentándole como incapacitado para la originalidad, para la idea propia.

Cuando se quiere llevar a cabo una labor personal, genuina, debe procurarse no caer en el círculo vicioso del anónimo.

Debemos presentarnos tal como somos. Sean nuestros defectos perdonados en atención a nuestra sinceridad, y arrostremos la ira, siempre injusta, del que se cree ofendido por la crudeza verraz, consciente y honrada de nuestros juicios. Vistámonos con nuestro propio traje, aunque esté hecho girones. Los andrajos tienen también su belleza, y nunca el talento y la razón necesitaron del falso brillo de los oropeles para triunfar.

La lealtad de nuestras opiniones, acertadas o no, no debe cubrirse con un velo, porque la verdad sólo se cree desnuda. Casi siempre la afición exagerada a cubrir nuestro cuerpo obedece al temor de poner en evidencia nuestros defectos físicos.

En general, pues, debe considerarse el seudónimo como alentatorio a nuestra sinceridad y a nuestra modestia.

Gregorio GARCIA

Barcelona, abril de 1925.

COMENTARIOS

LA ABSOLUCION DEL COMUNISTA SADOUL

Después de varios días de intensa pasión, en que se han puesto en juego todos los medios para conseguir una condena, el comunista Sadoul ha sido absuelto.

Acusado por los tribunales militares de traición, fué condenado a muerte estando en Rusia. Vuelto a Francia después del triunfo de las izquierdas, ha liquidado aquel proceso y la condena, demostrando que en ellos no influyeron más que la cólera del "Tigre" y el odio de la reacción francesa, que por fin ha derrotado en el Parlamento al Gobierno radical.

LA JORNADA DE OCHO HORAS EN AZPEITIA

La avaricia burguesa ha arrojado a los obreros de Azpeitia en una lucha sorda por la defensa de la jornada de ocho horas.

Hacía tiempo que el Sindicato de aquella localidad procurara que los patronos respetaran la jornada legal. A pesar de sus esfuerzos, unos cuantos patronos—los más chulos—obligaban a trabajar nueve horas. Ante esta provocación, se ha producido el conflicto, en el que han intervenido las autoridades, encarcelando a dos patronos, que han sido libertados poco después.

Aparte las otras mejoras comprendidas en las reclamaciones obreras está la que hoy resulta más interesante: la defensa de la jornada de ocho horas. En otras ocasiones hemos significado la importancia que para los trabajadores tiene no dejar perder ninguna de las conquistas de los buenos tiempos y menos la del horario de trabajo. Cuanta más energía pongamos en ello más libre quedará el campo para cuando podamos actuar con libertad.

Los obreros de Azpeitia hacen bien en defender las mejoras conquistadas, máxime cuando todo se conjura contra el porvenir de la clase trabajadora.

"La Revista Blanca"

El número correspondiente al 15 de abril contiene el sumario siguiente:

El Hombre y la Tierra (continuación), Eliseo Reclús; El ocaso del donjuanismo, Federica Montseny; Ideas sin idealidad, Un profesor de la Normal; El arte literario francés, Jacques Descleuze; Efemérides del pueblo, Soledad Gustavo; En torno de algunas teorías, Enrique Nido; La Escuela, su pasado, su presente y su porvenir (II), Constancio Romero; La idea anarquista, su pasado, su porvenir (continuación), Max Nettlau; Divulgaciones históricas (XIV), M. Soriano de Numancia; El medio y el hombre, F. Barthe; Curiosidades históricas y científicas, El Bachiller de Salamanca; El último Quijote, novela social de luchas, aventuras y amores (continuación), Federico Urales.

En las contracubiertas: La novela ideal, El último Quijote, El hombre y la vida, A. Gutiérrez; Setenta días en Rusia, Albert Delaville; Porfía ganada, Comentarios, Estudios biológicos, A. G.; Suscripción pro presos y Notas administrativas.

Notas administrativas

Vendrell, B. Marcet: Recibidas 5 pesetas; Zamora, Martín: id. 0; Gijón, Blanco: id. 27; Sitges, Méndez: id. 8; Alicante, Amat: id. 25; Lebrija, Quintana: id. 9'60; Castellbell y Vilar, Biosca: id. 18; Manresa, Capella: id. 20; Villajoyosa, Segobia: id. 10; Monóvar, Esteve: id. 3'80; Granollers, Mas: id. 45; Blanes, Ribas: id. 16; Roquetas, Cid, idem 4; Oviedo, Fernández: id. 6; Torelló, S. U.: id. 27'50; Santander, Gómez: id. 10; Vich, Pinguet: id. 8; Madrid, Ríos: id. 17'50; La Escala, Busquets: 12 pesetas.

El giro de 50 pesetas, de Villanueva y Geltrú, publicado a nombre de Gener, es de Serra. En las "Notas" del número pasado, donde dice: Cervelló, de Falset, debe decir: Cervelló, de Flix.

Hidalgo: Ya hay "Setenta días en Rusia".

Pendón: Se han recibido las cantidades que nos dices.

Suscripción pro presos

De la semana anterior: 60'75 ptas.

Huesca, 1; Varios compañeros de Villanueva, 13; Tres metalúrgicos, 2'50; Cuatro de Jaca, 4; F. Olié y A. Martí, 2; V. V., de La Felguera, 5; Uno de Gijón, 5; Un tranviario, 0'50; Grupo pro cultura, de Esparraguera, 15; Juan Alert, 2'75; Patirás, 2'80; Martín, de Moraleja del Vino, 1; Eternos descontentos, de Mataró, 0.—Total: 63'55 pesetas.

Emilio Margalef, 0'50; M. Viñar, 1; Diego Asensio, 1; M. Pérez, 0'60; Jesús Martínez, 0'50; A. C., 0'95; M. Alegre, 2.—Total: 6'55 pesetas.

Lista de Reus: A. Zurdo (Oliva), 1; Remedios Alberto, 0'50; M. Pedrol, 2; J. Borrás, 0'25; J. Andreu, 1; R. Fortuny, 0'25; C. Llaveria, 0'50; Jaime Borrás, 0'50; D. Freixas, 1; J. Sansó, 1; R. Vidal, 0'50; J. Calzat, 1'50; Un campesino, 0'50; Camelio Soler, 1; Víctor Mayor, 2; Un campesino, 0'25; Un carretero, 1; J. Padrol, 2; R. Recasens, 1; Cosme Llaveria, 0'50; Dos compañeras del Fabril, 1; Carlos Simó, 1; J. Badet, 2; P. Simó, 1; J. Griñoll, 1; Antonio Aleu, 1; P. Figueras, 0'50; T. Tañé, 1'50; J. Llaveria, 1; Miguel Puig, 1; A. Queralt, 0'50; Conchita Manuel, 0'50; Miguel Tort, 1; Hernández, 0'50; A. Foste F., 1; J. Ruiz, 1; Lorenzo Gibert, 0'50; J. Grau, 1; J. Carbonell, 0'50; J. Domenech, 1; Juan Soldevila, 1; Una niña, 0'25; Pedrol y Zudurin, 2.—Total: 40 pesetas.

De un grupo de compañeros de Rubí (primera lista): Miguel Mellinas 0'50; Juan Corbera, 1; Juan Alert, 1; Isidro Cañomeras, 1; N. N., 1; Fernando Oliva, 1; Joaquín Penina, 1; Esparraco, 1; José Pagés, 0'50; Mariano Arás, 1; Joaquín Vendrell, 0'50; Clemente Ribas, 0'50; Dos compañeras, 1; Ramón Pujol, 1; José Simó, 0'50; Juan Ribas, 0'50; Pedro Arís, 1; Antonio Peseña, 1; Ramón Arís, 0'50; José Martínez, 0'50.—Total, 16 pesetas.

Segunda lista: Miguel Mellinas, 0'50; Juan Corbera, 1; Juan Alert, 1; Isidro Cañomeras, 1; N. N., 1; Fernando Oliva, 1; Joaquín Penina, 1; Esparraco, 0'50; Luis Ribas, 1; José Pagés, 0'50; Joaquín Vendrell, 0'50; José Martínez, 0'50; Dos compañeros, 1; Ramón Pujol, 1; José Simó, 0'50; Estanislao Ollé, 1; Salvador Bartolomé, 1; Pedro Arís, 0'50; Avelino Mulé, 0'50; Antonio Peseña, 1; Ramón Arís, 0'50.—Total, 16'50 pts.

J. Pons, de Castellar del Vallés, 2; Barceló, 1; Marqués, 1; Payés, 1; Rabassó, 1; Sai ano 2003, 1; Sai ano 2495, 1; Sai ano 2868, 1; Constructor, 0'50; Ral, 1; Rorro, 0'50; Valls, 1; Rondano, 1.—Total: 11 pesetas.

Suma general: 845'35 pesetas.

Necrológica

El día 26 del pasado marzo, falleció en Bellmunt (Tarragona) el que fué un buen camarada, Jaime Cervera Muntané. Fué miembro activo del Sindicato Unico y uno de sus organizadores.

Al entierro, que fué civil, asistieron compañeros de Falset, Massoig, Molá y Lloá.

Deja una nena de tres años.

DONATIVOS AL PERIODICO

Grupo pro cultura, de Esparraguera, 15 pesetas; V. V., de La Felguera, 1; Uno de Gijón, 1.—Total 17 pesetas.

El fantasma del Sindicalismo en el Anarquismo

Heme aquí empeñado en exorcizar a una corriente conspicua por el valor de sus exponentes—del anarquismo contra el fantasma del sindicalismo en el anarquismo. Este artículo me lo inspira la posición mental de una fracción del ambiente anarquista italiano.

Un punto de observación inequívoco para todos, desde donde se puede tomar la instantánea de nuestro tema, es éste: los orígenes de las polémicas alrededor del sindicalismo en Italia. Nos pondremos así en condición de servirnos de las viejas disputas para distinguir la buena de la falsa moneda puesta en circulación con el cuño sindical.

¿Recordais la época en que por primera vez se puso de moda la nueva palabra en Italia? Recordadlo entonces nuestra actitud polémica frente a los Monicelli, Labriola, Nicolay y compañía. Nosotros no dijimos a ellos que el sindicalismo nos era ajeno, que se lo cocinasen a su paladar porque no nos incumbía. No prestamos nuestra indiferencia ante el sindicalismo sino con menos nuestra aversión. Contradecíamos, nosotros sólo rebelamos contra el sindicalismo de esos señores, los combatimos y no abusar de esa palabra que nos pertenecía; denunciamos la inconsecuencia del sindicalismo político y de sus críticas al reformismo cuyos métodos aceptaba aunque transfiriéndoles del viejo partido socialista a un nuevo "partido sindicalista"; llegando a la conclusión de que el sindicalismo (¡el verdadero!) era el nuestro, que consistía en la práctica de la acción directa, del anticorporativismo, del anticentralismo y del antipoliticismo de los sindicatos. Y justamente indignados porque se pudiese realizar una especulación política al amparo de esta palabra gloriosa señalábamos las horcas de Chicago, el apostolado de Pelloutier y las heróicas luchas del proletariado de España, de la Argentina, de Portugal, etc.

Poco tiñó para que reclamásemos la patente de invención del sindicalismo. Y —exageraciones de forma a un lado—teníamos razón, porque los disidentes del partido socialista que agitaban una bastarda bandera sindical volvían a bautizar como nuevas las mohosas ideologías social-democráticas o repetían cosas ya dichas por nuestros grandes teóricos desde Bakunin a Pelloutier pasando por aquella noble y grande figura que muchos recuerdan sólo como poeta Pietro Gori; uno de los primeros apologistas de Pelloutier en Italia. Explicamos de estas consideraciones a algunos óptimos militantes con los cuales trabajamos juntos para intensificar el sindicalismo vivero.

Teníamos razón en cierto modo: siempre y cuando demostrásemos que sabíamos construir y practicar el sindicalismo sobre la base de los programas que oponíamos al sindicalismo adulterado electoral o de partido y no nos limitáramos a declarar una patente de invención para los archivos teóricos.

La lucha fué larga y tenaz. De las revistas pasó a las asambleas; de éstas a los Congresos a las huelgas. La ley de selección se cumplió, los políticastros fueron reabsorbidos por los partidos que los habían vomitado.

El sindicalismo verdadero triunfó y tuvo sus luchas. Su historia no fué, ¡no! huérfana de gloria, como lo demuestran las gestas proletarias durante la guerra y la postguerra, los martirios sufridos para combatir al fascismo; como lo afirman las cadenas que arrastran en presidio los militantes sindicalistas. Triunfó aquel sindicalismo, que muchos anarquistas habían señalado como el único sindicalismo.

¿Cómo puede, entonces, subsistir alguna posibilidad de equívoco a propósito de los otros sindicalismos surgidos en parte durante la guerra, a los clectos de la mistificación bélica, y en parte, después, para los fines lucrativos o de rivalidad patriótica — el sindicalismo dominiziano, por ejemplo — o aun del neo-tradeunionismo social reformista? Con referencia a los orígenes del movimiento y de la polémica sindicalista en Italia nosotros hemos identificado muy bien nuestro pensamiento. Ahora no es posible ninguna adulteración y ningún equívoco sobre la palabra; ni aun dolar beligerancia al más nefasto de todos los sofismas que consiste en combatir la anarquía haciendo la apología del "socialismo" de Bakunin, o hacer la apología del anarquismo absoluto para reclamar la libertad de negar la anarquía misma.

Si el sindicalismo verdadero, el único sindicalismo, había sido previsto por los anarquistas que permanecieron sobre la línea de principios de la primera internacional, quienes lo consideraban consubstancial a su anarquismo ¿por qué razón hoy los anarquistas deben alarmarse de la presencia importuna del sindicalismo en el anarquismo, cuando de la teoría se pasa a los hechos? Si esa era la verdad hace veinte años, tal permanece hoy. Y es evidente que la pretendida rivalidad o contradicción o confusión o antagonismo entre sindicalismo y anarquismo, no es más que un fantasma y como tal es reconocido por muchos. Pero no lo cree así una fuerte corriente de opinión que no es ni individualista ni contraria a la participación en las organizaciones obreras en general. Al contrario, quieren la intervención, pero le conceden una muy secundaria importancia, considerándola una cosa que se acepta por fatalidad y no como una creación anarquista, y de la cual es más lo que se teme que lo que se espera... Este último temor surge de la falsa consideración que se hace con respecto al sindicato creyendo que éste no puede ser más que reformista, dada su naturaleza, su forma de reclutamiento y sus luchas, que no le permiten soportar el peso de programas revolucionarios. Por lo tanto, no vale la pena... Después de estas consideraciones, verdaderas duchas frías, nos invitan a pensar seriamente y a... crear conciencias, como si hubiese alguien entre nosotros que no quisiera crearlas.

La contradicción entre estas afirmaciones y nuestros calurosos llamados a la coherencia sindicalista, dirigidos a los falsos sindicalistas de la primera hora labriolana, no puede ser más flagrante. Si el sindicato no puede ser más reformista, si puede ser nunca revolucionario, ¿para qué propagar ideas que no han de encontrar un terreno de aplicación? Si el sindicato no puede ser más que reformista es una desgracia; en tal caso, nosotros no tenemos razón; pero la mayor desgracia es que no tendrían tampoco razón nuestros compañeros anarquistas anti-sindicalistas y, en cambio, tendrían razón los D'Aragona, Jouhaux, Largo Caballero y compañía. No nos quedaría más remedio que pedir perdón a esos señores por las muchas molestias que les hemos causado.

¿Cómo podríamos predicar la acción directa, el sabotaje, la huelga general aplicada también a los servicios públicos, etc. — ideas éstas que nos permitieron acusar a los reformistas de complicidad con la burguesía por sus métodos acomodaticios — y cómo podríamos seriamente propagar tales ideas si aceptamos que estos métodos son incompatibles con el sindicato? ¿O es que las propagaremos para destruir sindicato o trabar su acción?

Pero para precisar ésto argumento, que es fundamental en la polémica sobre el sindicalismo, debemos llevarlo hasta sus extremas consecuencias.

Por un lado, tendremos a un individualista que nos ayudará a realizar la tarea. Nos pondrá en una misma bolsa la organización sindicalista obrera y la organización anarquista, acusando a las dos de reformismo, considerando toda lucha de clase por la transformación del mundo exterior (en el cual debemos vivir y luchar, y que debemos debilitar para poderlo destruir más rápidamente), tan reformista como la de los socialdemócratas. Pero entonces vendrá en nuestro favor uno de esos compañeros conquistas que acusan al sindicalismo de incapacidad revolucionaria; este compañero mostrará el artificio verbal de la crítica individualista, poniendo en evidencia la distinción formidable que existe entre las reformas legales obtenidas manlebrando en las instituciones legales con métodos legales y las conquistas que se obtienen por medio de la presión directa de los interesados empleando la fuerza colectiva.

ARMANDO BORGHI

París, febrero de 1925.

Solidaridad Proletaria ESTE NÚMERO HA SIDO REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

ACTUALIDAD

Sobre pasadas y futuras polémicas

La mayoría de las polémicas y discusiones resultan estériles porque sueleu partir de una base falsa. Una simple cuestión de detalle se toma a veces como diferencia de doctrina y se produce la discusión en un círculo vicioso sin que haya posibilidad de entenderse. No faltan ocasiones —también por desgracia se dan con harta frecuencia— en que la discusión de una idea, tesis o doctrina degenera en cuestión puramente personal, y, entonces, al desviarse la discusión, los que discuten o polemizan se llenan unos a otros de improperios y denuestos, con lo cual no decimos lo que ilustran a la gente sencilla que acude a la prensa con candoroso deseo de aprender.

Discutir a base de personalismos es no discutir nada. Discutir por discutir es menos que nada. Cuando se tiene la vista fija en un ideal y se ostenta la representación —aunque sea puramente moral— de una colectividad, la exposición, la crítica y discusión de ideas, si es que se quiere substraerla de los vicios burgueses, de la demagogia y de todo lo que es bajo y ruin, ha de partir y desarrollarse siempre, sin dejar la noble pasión, de un punto de vista elevado y objetivo. No discutimos porque es Fulano quien ha dicho esto u porque era Zutano quien dijo lo otro. Discutimos porque este o aquel criterio, tesis o lo que fuere, en sí, nos parece equivocado, contrario a los fines que perseguimos, a las concepciones de la colectividad que representamos o a que pertenecemos, no simplemente porque sí, sino por tal y cual razón. Y discutimos no con el fin de imponer el criterio nuestro frente al de los otros, sino para que el mismo prevalezca por sus propios méritos, si al juicio de los demás parece más racional y acertado. Que no es nuestro ideal sojuzgar sino emancipar.

* * *

Nos ahorraríamos muchas discusiones de crasa nada cualquiera en vez de ocuparnos más en dar rienda suelta a la pluma o a la lengua, nos cuidásemos de estudiar, de pensar y de reflexionar. De pensar, que es algo. Porque si todo lo que se dice es aprovechable si lo es todo lo que se escribe. ¡Qué ha de serlo! Y en eso de decir majaderías no llevan los que pasan por genios muchas ventajas a los que pasan por ignorantes. Conocemos a muchos "analfabetos" con más inteligencia y sentido práctico de la vida y de sus problemas que el más pintado de tanto sabihondo escribidor, como corre por ahí. Ya se dice que la inteligencia no es privilegio de ninguna clase ni casta. Y conste que no hacemos la apología del "analfabetismo". ¡No faltaría más! En el hablar y en el escribir cada cual quiere tener el punto del "yo", de la "originalidad", y eso, que tiene un aspecto muy simpático según como se mire, no deja de ser, según de lo que se trate, una solemne tontería o una pretensión estúpida. Lo más chocante del caso es que pretendiendo todo el mundo ser "original" cada uno niega la "originalidad" al vecino. Egocentrismo puro. Discusiones de ideas, discusiones de tenderos, vino decir una vez creemos que fué Malato. Abunde en sobresaliente del yugo con noble proceder es buena y bella cosa.

Todo esfuerzo de voluntad que haga el hombre en tal sentido merece "digna de estima y consideración." No es buena, sin embargo, la ceguera mental, ni la baja insidia, ni el despecho ruin. No dirimos a cada cual lo suyo sino a todos justicia. No hay que ir a una nivelación cuartelera, de lo mejor a lo peor, de arriba a abajo. Hay que reconocer las diferencias y los méritos donde los haya. Y negarlos porque sí, no es cosa honrada ni buena. Entre un Zoilo y un Homero siempre habrá diferencias. Antes que emitir un juicio conviene reflexionar mucho si no desea caer en la ligereza o injusticia. Pensemos siempre que si nosotros somos capaces de hacer una cosa perfecta, hablando en términos relativos, no indica que otros no puedan hacer otro tanto. Leonardo de Vinci y Miguel Angel no se excluyen el uno al otro como artistas. ¿Fuera cuerdo desdeñar al uno para admirar al otro? Lo más cuerdo es saber reconocer los méritos de todos y aprovecharlos con fines elevados. Pero si no somos capaces de esto no pretendamos destruir la obra de otros con simples sarcasmos y endebles razones. Destruir para crear, o mejor, crear para destruir. No se destruye sino lo que se substituye.

* * *

Por autodidactas que seamos, todos hemos tenido un maestro en la vida. Nadie nace sabio. Bien que tengamos un cerebro, que lo sometamos todo a la crítica, que saquemos consecuencias y hagamos comparaciones. Ni dogmas ni ideas hechas: espíritus libres y emancipados. Hombres con criterio propio. Bien, perfectamente; pero el conocimiento elemental, que es el fundamento de todo conocimiento ulterior, no es despreciable. Antes que decir "tengo criterio propio" conviene saber qué es "criterio".

"El conócete a ti mismo" de los antiguos aquí está en su lugar. Y lo está también aquello de "calla o di algo mejor que el silencio".

Nuestro pensamiento no es independiente del pensamiento de los otros: nada hay en su continuidad, necesidad. Decimos mal, no lo es; debería serlo. No podemos hacer abstracción absoluta de las influencias del medio, ni es exacta la evolución de las ideas en gradual, sin saltos bruscos, y por llegar a ciertas conclusiones, es lógico tener en cuenta los antecedentes. Para que la misma anarquía pudiera definirse como simple idea primero, como cuerpo de doctrina después, ha sido necesario un largo proceso de evolución, al cual han contribuído no pocos hombres que no fueron ni pudieron llamarse, dentro de época en que "felicidad, anarquistas." Nada sería no reconocer esas verdades. Ahora mismo no podemos decir que la mentalidad de algunos hombres que se dijeron republicanos, socialistas y hasta católicos haya sido superada, ni excedida por sus sucesores. Los anarquistas no forman excepción.

* * *

Hay palabras, frases enteras que sintetizan el pensamiento y expresan y definen con la máxima claridad posible un concepto, una idea, serie de ellas, una doctrina, en fin. Aquellas son las palabras logradas, precisas, sintéticas. Allí están las fuentes madres a que todos deberíamos acudir, de querer apagar la sed espiritual que nos consume. No es apego al pasado. El pasado es bueno siempre que no haya sido superado. Aquellos pensamientos tienen siempre cabal de actualidad, no envejecen, son vivos, tienen valor perdurable. No es que hayan de esculpirse como decálogo de todos los siglos, entorpeciendo la iniciativa de las generaciones futuras. En buena hora sean llegadas las iniciativas y las nuevas aportaciones de esas nuevas generaciones. Pero sea siempre con la condición de que lo nuevo sea nuevo y no que sea lo viejo con otro nombre o una adulteración de lo viejo.

* * *

De esas fuentes madres a que nos referimos y de las cuales se ha generado un movimiento, en el rodar del tiempo, sin querer a veces también con sobrada intención, se pierde el recuerdo, y, después de haber navegado por un océano de confusión y de dudas, que han empañado la claridad del juicio y quebrantado los energías y los entusiasmos, es preciso volver al mismo punto de origen. Las ideas señeras están allí y, por, paradojal, casi se desvanecen. Quien ha visto la luz primera en esa travesía le es difícil deshacerse del error y ver que la oscuridad no está en la palabra ni en el pensamiento de los otros, sino en el propio; de esos otros que se conservan lejos a sus orígenes y no de los que se desvían pretendiendo interpretar la realidad, esa realidad que para el hombre no es tal, sino como representación mental, tanto más precisa cuanto más despiertos se tienen los sentidos, el espíritu a todas las inquietudes y tanto menos exacta cuanto más se está poseído de ese criterio cerrado que marca a veces el fanatismo inconsciente, pero no por eso menos odioso.

* * *

En las horas en que el pensamiento parece ir a la deriva, bueno es fijarse en los faros señeros del ideal: los libros. La realidad es una y debemos estar atentos a sus exigencias y enseñanzas. Los libros son también una realidad. Abramos sus páginas que fueron alimento espiritual de nuestros primeros tiempos y en las cuales las ideas se conservan diáfanas, sin mistificaciones de baja pasión, y quede que hallemos un cauce abierto para la orientación del pensamiento, para la acción futura y para la misma discusión, y, puede, también, que veamos que no es nuevo todo cuanto ahora se dice, ni lo que pasa por ser más actual, y que lo que a veces parece más nuevo y más actual no siempre es lo mejor. Hay que saber apreciar y distinguir. No siempre lleva razón quien parece tenerla. No cabe fiarse de las apariencias. Hay que escrutar, que ahondar los problemas y tener la inteligencia bien equilibrada y despierta. No precisa menos comprensión y serenidad.

Con amplio, sereno y cordial espíritu, sin pretensiones necias, con claridad, sinceridad y llaneza, aprendamos a definirnos y sepamos distinguir... pero no nos entreguemos demasiado en dimes y diretes, ni en floreos literarios, que largo es el camino y no hay tiempo que perder.

El Proletariado Militante

por Anselmo Lorenzo

3 pesetas

Solidaridad Proletaria

SEMANARIO SINDICALISTA

Órgano de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña y por tanto de la Confederación Nacional

ADMINISTRACIÓN

Calle Carlos Pedrell, 11, 1.º, Barcelona

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

[illegible] 2'50 Pesetas
Número suelto 0'15 »
Para los países [illegible] 3'50 »

[illegible]

Redacción y Administración: Calle Carlos Pedrell, 11, 1.º, Barcelona. Teléfono [illegible]

EN TORNO A GANIVET

La obra de la juventud

El traslado de Polonia a España de los huesos de Angel Ganivet, literato y pensador español, ha hecho llover muchas plumas en torno a Ganivet, tocando todos los aspectos de la vida y del hombre. Es innecesario repetir aquí algo de lo dicho por la prensa de todo matiz, tanto más cuanto que por mi parte, desconozco la una y la otra.

Sin embargo, algo en la vida del semi-ignorado escritor me ha chocado y de ese "algo" voy a tratar en este modesto trabajo: Angel Ganivet murió en la flor de su vida. Al igual que Shakespeare, que Lorca, que Espronceda, que Balmes, que Guyau, que Becquer, que Byron, que Garcilaso y que tantos otros pensadores y escritores, fallecidos en esa edad fecunda y robusta que es, entre los treinta a los cuarenta años, la tijera de la Parca cortó su hilo vital, cuando la madurez descendía sobre su talento y lo sazonaba con el jugo de la sensatez, de la ecuanimidad de la experiencia, que acuden en auxilio del pensamiento en pleno "esson", que cierran los horizontes a la fantasía, al simplismo, al romanticismo ligero, algo nebuloso e infantil, pero que abren de par en par las puertas a la meditación, a la reflexión, a la observación y al estudio de los problemas de convivencia terrenal, de orden más humano, menos abstracto y más tiéreo.

¿Creías acaso que si Ganivet hubiese vivido otros treinta años, sus trabajos de última hora hubieran sido de la misma índole fantástica que los que dejó publicados después de su muerte prematura?

Las "Doloras" de Campoamor, escritas en su adolescencia, son muy distintas de las poesías que escribió desde sus cuarenta años hasta su muerte.

"Han de Islandia" de Víctor Hugo juvenzuco, ¡cuán distinto de las obras que escribiera en su edad madura!

En esa precocidad de los genios que tienden prematuramente sus alas hasta el espacio de la sabiduría, adviértese una impetuosidad inusitada, que parece tener la irrupción funesta de la muerte. Hay en sus producciones casi impalpables: lobreguez, exhibicionismo, fango, cabrío, pletora, audacia, radicalismo, intolerancia, impaciencia, etc, etc, es decir, todo el caudal fibricatante y vigoroso de la adolescencia y de la juventud precoces, que sacia la vista antes de que las rectificaciones, las clarificaciones y las apostillas, sobreviengan para borrar las huellas profundas, para relevar las grietas que abrió la corriente volcánica del pensamiento juvenil, en su carrera loca y libre atropellando convencionalismos, preocupaciones, moral, y cuantos obstáculos siembra el panorama de la vida organizada por los hombres. No hemos leído un "Idearium" en el cual indudablemente están contenidas esas inquietudes del pensamiento juvenil, que al no ser refrendadas, ratificadas y robustecidas por la vida del autor y por sus obras de la "edad madura" o por obra y gracia de la muerte, quedan aparentemente como peñascos inapeos de engendrar nuevas concepciones y de fecundar la nueva vida.

¡Dichosos de los que, como Ganivet, se extinguen en pleno vuelo de su pensamiento!

¡Dichosos de aquellos que la Muerte abate mientras ascendían hacia el cielo de sus quimeras o hacia el cénit de las aspiraciones humanas, antes de que el desaliento, la duda o la claudicación, señale la curva de su trayectoria!

¡Dichosos de aquellos que, habiendo recibido la dualidad de una nueva vida y de la que tiene adentrado por su hálito en ella hasta bañarse en su esplendor, se extinguen antes de que las sombras de un crepúsculo de renuncia, miento o de apostasía, surjan ante su obra!

Así me figuro a Angel Ganivet, muerto en pleno desplegamiento de su vida y de su obra precoz, árdua y constructiva.

F. BARTHE

Hay muchas gentes que combaten a otros por constantemente. Más claro, por desear ser como ellos. Así muchos de los que combaten a la burguesía. En el fondo son unos burgueses frustrados, o unos aspirantes a burgueses.

Quien, aparte de combatir a la burguesía, la desprecia, no podrá ser nunca burgués. No se puede ser aquello que repugna a la propia conciencia, aquello que íntimamente se desprecia. Todo el que no tenga un sentido fanáticamente del burgués, no es un acabado enemigo de lo que éste representa.

"Burgués es todo el que piensa rajamente", vino a decir el célebre escritor francés. Cuantos por mucho que combatan a la burguesía, piensan bajamente, burgueses son. Aunque no expleten a nadie. Cualquier circunstancia propicia puede colocarlos en situación de explotar, y explotarán, no hay duda de ello.

Combatir a la burguesía es un deber de todo hombre íntimamente libre, por lo que ésta representa en la sociedad moderna. Pero despreciando su bajeza y no por resentimiento. Si es bajo como ella, el combate se trueca un día en devuelta solidaridad con sus lores. Pensar bajamente es el signo más típico de tener alma burguesa. Sepamos advertir, en todo momento, qué es lo que se esconde detrás de cualquier reforma. Nos lodos los que combaten a la burguesía lo hacen porque la desprecian. Muchos veces hay un burgués cauteloso entre las filases más violentas. Los diría ebrosamente, con a modo de envidia por no poder disfrutar de los privilegios de que goza el combatido. Dicho está que este combate carece de significación.

(De "Revista Natra")

Los sindicalistas revolucionarios de Alemania y los consejos de fábrica

Nacida gracias a la revolución en Rusia y en la Europa central, se difundió la idea de los consejos como un reguero de pólvora, pero después fué más y más relegada y hoy sólo queda el recuerdo de los consejos de obreros, campesinos y soldados. Las viejas autoridades se restablecieron con la ayuda de la social democracia, las masas creyeron en los nuevos hombres, se dejaron llosionar y desviar de la idea de edificar con su propia fuerza y sus propios órganos el nuevo orden social sin recurrir al aparato del Estado.

En Rusia, donde se impuso la república de los soviets o de los consejos, estos perdieron en significación, e influencia por la soberanía posterior del partido comunista y hoy la Rusia de los consejos existe sólo de nombre; los obreros y los campesinos, a pesar de sus restos aparentes de consejos, tienen tan poco que decir como en cualquier otro país. Hasta los consejos de fábrica están en Rusia completamente en manos del núcleo comunista de los establecimientos.

En Alemania se hizo tan popular la idea de los consejos obreros, que el gobierno se sintió obligado a aceptar una ley por la cual fueron reconocidos los consejos de fábrica como una institución plenamente haciéndoles asumir funciones que debían limitar los derechos de los capitalistas y dar derecho de cooperación a los trabajadores en lo referente a las condiciones del trabajo.

Pero poco después se hizo evidente que el llamado "anclaje legal" de la idea de los consejos mediante la ley de los consejos de fábrica, era sólo un hueso arrojado por las clases dominantes a los trabajadores para tranquilizarlos. El párrafo primero de la ley de los consejos de fábrica dice:

Para la percepción de los intereses económicos comunes de los obreros y empleados frente a los patronos, y para el apoyo de los patronos en el cumplimiento de los fines de la fábrica, en todos los establecimientos que ocupan por lo menos regularmente 20 obreros, se deben organizar los consejos de fábrica".

Toda la ley de los consejos de fábrica se compone de 106 párrafos en los cuales no sólo son establecidos los derechos, sino también los deberes de los consejos de fábrica. Se lee por ejemplo en el párrafo 106:

"El que revela sin naturización asuntos confidenciales, secretos de los establecimientos o de los negocios que le han sido confiados como miembro de una representación de fábrica y le fueron señalados como tales, será penado con multa hasta 15.000 marcos o con prisión. El que realiza este hecho con intención de procurarse a sí mismo o a otra una ventaja monetaria, o de perjudicar al patrón daños, será penado con prisión hasta un año".

Los consejos de fábrica, pues, fueron expuestos al peligro de ir a la cárcel si no cumplían sus deberes de una manera pertinente. Y hay que agregar que los consejos de fábrica hoy en Alemania no tienen ningún poder ni poseen ninguna influencia. No tienen ya derecho de cogobernación en la suspensión o despido de obreros, no pueden incitar a los trabajadores a acciones contra los capitalistas, al contrario, tienen que cumplir un gran número de compromisos.

Estas circunstancias contribuyeron a que los sindicalistas de Alemania rechazaran la participación en los consejos de fábrica. Y a eso se añadían consideraciones de naturaleza teórica. Los consejos de fábrica se convirtieron en una institución oficial, y los sindicalistas como adversarios del Estado, declararon que no podían tomar parte en instituciones legales. Contra esos puntos de vista sostuvieron los defensores de la participación en los consejos de fábrica legales dentro de la organización sindicalista, lo siguiente:

El proletariado se ha conquistado ya antes de la guerra por penosas luchas el derecho de formar comités obreros dentro de las fábricas. Esos comités obreros negociaban con los capitalistas y defendían en todos los asuntos al personal de la fábrica. Cuando estalló la revolución y la idea de los consejos de obreros asumió su curso victorioso, esos comités obreros se convirtieron en un abrir y cerrar de ojos en consejos de fábricas. Entonces ampliaron su campo de actividad, concertaron con los capitalistas tratados sobre los salarios, se pronunciaban por una disminución de la jornada, por mejoramientos de las instituciones higiénicas de las fábricas y otras cosas por el estilo. Eso no agradó a los sindicatos reformistas, pues cuanto más fríamente desarrollaran los trabajadores en el lugar del trabajo su propia iniciativa, tanto más desaparecería el poder de las uniones reformistas sobre las masas. En consuelo con la socialdemocracia se manifestaron los sindicatos reformistas por una regulación legal de los consejos de fábrica. Con ello esperaban —y como se demostró, no en vano— volver a ganar su poder perdido. El Estado intervino en los asuntos y conflictos entre el proletariado y el capitalismo, el pensamiento sobre la necesidad del Estado fué consecuente en los obreros, los socialistas de Estado recibieron agua para sus molinos. Pero los sindicalistas no debían rechazar por esas razones la participación en los consejos de fábrica, lo mismo que antes no rechazaron la participación en los comités obreros. Si los sindicalistas no toman parte en los consejos de fábrica se separarán de la masa de la clase obrera y se rebajarán a una secta. Si el sindicalismo quiere convertirse en una organización de masas, entonces deben participar los sindicalistas en los consejos de fábrica.

A esos argumentos sostenidos por los sindicalistas partidarios de la participación en los consejos de fábrica legales, se agregaron los siguientes hechos, ante los cuales no pueden cerrar los ojos los adversarios de la participación en los consejos de fábrica. Esos hechos se exteriorizan en los siguientes fenómenos: Los sindicatos reformistas utilizan los consejos de fábrica como un instrumento de propaganda para sus organizaciones. En las compañías industriales los obreros a menudo no están en situación de ejecutar por ellos mismos o de examinar los cálculos de los salarios a minuto muy complicados en parte. Acuden al consejo de fábrica y solicitan ayuda. El consejo de fábrica les ayuda, pero les presenta al mismo tiempo un carnet de ingreso en los sindicatos reformistas. Otro ejemplo: el consejero de fábrica de un establecimiento es informado sobre nuevas suspensiones de obreros o sobre despido de personal. Se les arregla naturalmente de modo que los miembros de su organización no sean suspendidos en primera línea o en última instancia despedidos. Sucede así que hoy proporcionalmente entre los sindicalistas se encuentra el mayor número de desocupados. Más aún. Cuando tienen lugar asambleas para los obreros de un establecimiento, solo son convidados como oradores los miembros de aquella organización que toman parte en el consejo de fábrica. Si los sindicalistas no se hacen elegir al consejo de fábrica, entonces un orador sindicalista no puede hablar en una asamblea de la fábrica. Los trabajadores, también los sindicalistas, participan en las elecciones a los consejos de fábrica, y como los sindicalistas no presentan ningún candidato a los consejos, sucede con frecuencia que los obreros sindicalistas en parte eligen socialdemócratas y en parte comunistas a su consejo de fábrica.

Se comprende que la no participación de los sindicalistas en los consejos de fábrica en los casos mencionados no es provechosa para el movimiento sindicalista. Se advirtieron en el movimiento sindicalista de Alemania voces en favor de la participación en los consejos de fábrica. Pero como la F. A. U. D., en su último congreso de Erfurt, adoptó una resolución contraria a la participación en los consejos de fábrica, era necesario tomar una nueva posición sobre ese asunto. La discusión en pro y en contra de la participación en los consejos fué más y más viva; llenó largas columnas en la prensa sindicalista y exigió noches de discusión en las asambleas. Finalmente fué convocada una conferencia extraordinaria de la F. A. U. D. en donde se discutió de nuevo ese asunto.

Esa conferencia se celebró el 1 de febrero de 1923 en Berlín y expuso sus puntos de acuerdo haciendo resaltar nuevamente que la resolución del congreso de Erfurt sólo podía ser modificada por resolución de un nuevo congreso. Recomendó sin embargo a los partidarios de ambas tendencias en el problema de los consejos de fábrica, la más grande tolerancia recíproca. Expulsión de miembros o de grupos a causa de participación o no participación en los consejos de fábrica no puede tener lugar.

Como en marzo debían ser renovados los consejos de fábrica en toda Alemania, era necesario establecer claridad en este punto para que al menos no se combatieran recíprocamente los partidarios y los adversarios de los consejos y se dificultasen recíprocamente el trabajo. Ciertamente, en posición actual de los sindicalistas no es ninguna ventaja. Se afirmaría en negativa. Los sindicalistas de algunas comarcas participarán en las elecciones a los consejos de fábrica, lo de otras no. Por consiguiente no habrá que contar aún con un éxito visible del sindicalismo en las elecciones a los consejos de fábrica. Esto sólo podría correr si toda la organización se manifiesta unitariamente por la participación y hace propaganda en ese sentido.

Los sindicatos reformistas, los socialdemócratas como los comunistas, desenvuelven hoy una activa propaganda en pro de la participación en las próximas elecciones a consejos de fábrica. Se presentan listas socialdemócratas y moscovitas para los consejos. Se organizan asambleas especiales para ambas tendencias. Aparecen manifiestos y artículos de periódicos para las diversas corrientes. Los sindicalistas a causa de su orientación no podrán realizar una propaganda análoga. Sin embargo los trabajadores a menudo tienen mucha más confianza en los sindicalistas que en las demás tendencias. Ocurre eso porque los socialdemócratas y los moscovitas se han comprometido fuertemente debido a que tienen que tener en cuenta las consignas de los partidos políticos y del parlamentarismo. En una sola ciudad de Turingia, en Sonneberg, se pudo señalar que la mayoría de los trabajadores eligieron sindicalistas a los consejos de fábrica. Mientras que la Esta de Amsterdam sólo tuvo 2 plazas y los comunistas ninguna, recibieron los sindicalistas 8 plazas en el consejo de fábrica. Ciertamente el sindicalismo no hará en todas partes idénticos progresos, pues la conciencia del proletariado alemán en los partidos obreros estatistas es aún demasiado grande. Pero hay que suponer que el movimiento sindicalista, se afirma sus puntos de vista y hace más intensiva propaganda en pro de la participación en los consejos de fábrica, podrá ganar grandes capas de la clase obrera. Pero ese hecho no se expresará en estas elecciones a los consejos de fábrica, pues una intervención enérgica en ello puede ser conseguida mediante la completa unificación de los puntos de vista sobre este problema.

A. SOUCHY

Berlín, febrero de 1923.

OPINIONES

OJEADA RETROSPECTIVA

IV

Pero aún no habíamos llegado a lo peor. La situación, que por la crítica debía obligar a la clase patronal y a los gobernantes a preocuparse de ella, nos reservaba dolorosas sorpresas, ya que las angustias de los trabajadores tendían a acrecentarse y no a disminuir.

La disminución de la crisis de ventas, como ya hemos dicho, por los encargos que Francia y los demás países mandaron a España, volvió a aparecer, pues la mayoría de estos encargos fueron anulados a causa de la mala calidad de los artículos confeccionados y a que, además, nuestros "honrados" industriales querían cobrar en oro y al contado.

Añádase a esto que las industrias puramente indígenas, como la de la construcción, se paralizaron completamente, pues los materiales de construcción, como si fueran materiales importados, triplicaron cuando no cuadruplicaron sus precios.

La crisis en el ramo de construcción coincidió con la de la industria textil, manifestada por las dos huelgas generales de esos dos ramos declaradas en 1916. La de construcción al comenzar el año; a mediados, la del ramo textil.

Y por si no fuese bastante la crisis de trabajo y el encarecimiento de las subsistencias, la acumulación de gente en Barcelona ocasionada por los muchísimos españoles emigrados de Francia y la crisis de trabajo en otras regiones, producía la especulación y el alza en los alquileres, alza que ha ido en ascensión creciente y sólo ahora comienza a detenerse.

A la miseria, unióse en amigable consorcio el encarecimiento de la vivienda, con su trágico cortejo de desahucios y otros excesos de los caseros.

Alguna que otra huelga en determinados oficios pretendía restablecer en tanto el equilibrio; pero no lo lograba, pues la mayoría de ellas terminaban con la derrota de los obreros, o, cuando más, obteniendo aumentos tan insignificantes que no compensaban los sacrificios.

Al aumento del precio de las subsistencias y en los alquileres, unióse el de todos los demás artículos de necesidad personal, pues desde el calzado hasta la gorra, no hubo artículo de uso personal que no se encareciera enormemente.

La situación del trabajador en España empeoraba progresivamente y no se preveía el límite a tal estado de cosas.

Así transcurren los años 1917, 18 y 19. El mal que comenzó en 1915 iba en progresión constante y amenazaba aniquilar definitivamente al trabajador.

Mientras tanto, la burguesía aumentaba sus ganancias que era una contento. Multiplicaba sus beneficios hasta lo inverosímil y para nada se acordaba del trabajador.

A cada demanda de este respondía con una negativa, con un insulto o una burla.

Atenta sólo a sus negocios, a sus lucrativas ganancias, a sus beneficios casi fabulosos, poco le importaba que los obreros reventasen de hambre en la calle, que muriesen de miseria o de desesperación.

Había llegado la época de enriquecerse rápidamente explotando las necesidades y las miserias de los demás, y como éstas suelen ser causas eficientes de riqueza, no querían desaprovecharlas.

Las fluctuaciones de disminución o aumento en el trabajo también lo aprovechaba la burguesía en su beneficio exclusivo, cuando disminuía, procurando arrebatar las mejoras que el obrero hubiese obtenido, por un aumento constante en los artículos elaborados a pretexto de crisis, y cuando aumentaba por su parte se mostraba reacia a toda concesión.

La progresión de este estado de cosas lo empeoraba todo, pues sin remediar la situación económica del obrero, moralmente la deprimía.

Además, la desigualdad y diferencia de los salarios producía un mayor desbarajuste, ya que si de mucho seguían un futuro igual, pues mientras algunos oficios obtuvieron mejoras, otros no consiguieron ventaja alguna.

En general, puede decirse que los aumentos de salarios no fueron considerables hasta mediados de 1918.

A partir de este momento, para determinados oficios, no para todos, se aproximan a la realidad.

Sin embargo, considerada la situación en conjunto, es desesperada, nauseabunda, sin que el horizonte se aclare y se vislumbre el mejoramiento.

Y la clase patronal negranda, sistemáticamente, toda concesión a los obreros, [illegible] capitales, amplía sus industrias, pero no se acuerda de los trabajadores.

Lo único que sabe, lo único que se le ocurre, es mostrar sus riquezas, enseñarlas, "alrededor", para que nada, nada de su efectividad.

A. PESTAÑA

Imprenta San Pablo, 85.—Barcelona